

# Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 30 de Enero de 1880.

N.º 2.

## LOS FRAILES DE FILIPINAS.

Vamos á presentar varios datos históricos estadísticos que á la par que pongan de relieve los servicios y el importantísimo papel que al sistema administrativo de Filipinas prestan las Órdenes religiosas, den á conocer una de las instituciones de nuestra patria más dignas del aprecio y consideracion de la generalidad, que por desgracia bastante poco sabe respecto de la gigantesca obra que nuestros misioneros han llevado á cabo en el extremo Oriente.

Dividese el clero de Filipinas en secular y regular. El primero, afecto principalmente al servicio del culto divino en las catedrales, capellanías de ejército y otras, tiene tambien á su cargo varias parroquias, y sus individuos proceden, en su inmensa mayoría, de los hijos del país, admitidos en los seminarios de cada diócesis, cuyos prelados, salvo rarísimas excepciones, siempre han pertenecido á las Órdenes religiosas.

Estas, dedicadas exclusivamente á las parroquias de los pueblos del Archipiélago, son: la Orden de Agustinos Calzados, la de Padres Dominicos, la de Recoletos y la de Franciscanos.

Desde 1859, por disposicion del Gabinete presidido por D. Leopoldo O'Donnell, los Jesuitas han sido restablecidos en las islas, y su personal, por desgracia algo escaso, ejerce su celo evangélico principalmente en las Misiones de Mindanao y Joló.

La Orden de Agustinos Calzados ha sido la primera que ha predicado el Evangelio en las islas. El piloto de Magallanes, el ilustre Urdaneta, que habia tomado el hábito de esta Comunidad, fué el que convirtió á nuestra Religion á los reyezuelos de Tondo, la Pampanga y otros sitios, en el momento mismo que prestaron reconocimiento de vasallaje al poderoso cetro

de los reyes de Castilla. Los progresos que en su obra bienhechora alcanzaron, fueron rapidísimos, y permitan nuestros lectores la siguiente digresion, cuya utilidad por sí sola se recomienda.

El método que para la enseñanza de la doctrina cristiana á aquellos indígenas habia ideado y puesto en práctica Urdaneta, es precisamente el mismo que años despues los extranjeros han establecido con la denominacion de sistema *Lancaster*. Las pruebas fehacientes é irrefutables de este aserto radican en los archivos del suntuoso convento de San Agustin en Manila, obra digna de la Orden y de España, cuya edificacion sobre el modelo del Escorial se debe al sobrino del insigne arquitecto que dirigió la construccion de este célebre monasterio, y á cuyo lado hizo su carrera. No es esto solo. Hace poco tiempo, con motivo de la publicacion en el extranjero de algunas obras sobre el Japon, probámos que los escritores que con tan poca escrupulosidad se decian los autores de las mismas, no hacian otra cosa que reimprimir, con poquísimas variantes, las relaciones de nuestros misioneros sobre el mismo Imperio, dadas á luz á fines del siglo pasado y primeros años del

presente en la imprenta de los Padres Franciscanos, establecida en uno de los barrios extramuros de Manila.

Volviendo á nuestro objeto, dirémos que la Orden de San Agustin ejerce el ministerio parroquial en la mitad de los pueblos de las islas; ella sola atiende á este servicio tanto como todas las demás reunidas, y cuatro veces más que cualquiera otra tomada aisladamente.

Las provincias donde están establecidos los preclaros hijos de san Agustin son las más pobladas, ricas é importantes bajo todos los puntos de vista de los intereses generales de la sociedad.

Los Padres Dominicos, cuyo arribo á las islas tuvo lugar setenta años despues de los Agustinos,



RDO. P. FRANCISCO ZEA, misionero dominico de Fokien. (Pág. 48).



atienden principalmente á los pueblos donde se cultiva en mayor escala el tabaco, donde existen las colecciones del Gobierno, á quien prestan de continuo servicios cuya importancia apreciará el que conozca los descubiertos en el pago de las cosechas que aquel Tesoro ha tenido de doce años á esta parte. Esta Orden es la que además dirige al Tong-king y otras provincias de la China el numeroso personal de misioneros que tan admirables resultados van obteniendo. A su cargo está el ramo de la instruccion pública; la universidad de Santo Tomás corre á su exclusivo cuidado, si bien en estos últimos años los Jesuitas han fundado para la segunda enseñanza y la primaria en Manila un Ateneo que de día en día ve crecer su prosperidad y aumentar el número de los alumnos.

Con decir que los Recoletos y Franciscanos prestan el servicio principalmente en las Visayas y en la parte Sur de la gran isla de Luzon, donde su obra civilizadora en nada desmerece de la que prosiguen los demás religiosos, abordamos la presentacion del cuadro que pone de manifiesto la conducta de los frailes en Filipinas.

Durante tres siglos, reducidos á sus propias fuerzas, á enorme distancia de la madre patria, que por esta causa, por las luchas que la asolaban, por las atenciones de su inmenso poder colonial, ningun auxilio, ni moral ni material, podia facilitarles, los frailes realizaron los hechos siguientes.

Desde el primer día de la conquista sostuvieron incesante y encarnizada lucha contra el sectario de Mahoma, que prosiguió hasta en nuestros días en aquel Archipiélago la sangrienta y sin igual guerra que en la Península costó siete siglos de los más heroicos esfuerzos. También desde el primer instante de la conquista la obra de nuestros misioneros se vió rudamente asediada por los continuos ataques de los ingleses, holandeses y portugueses. Ni un día de reposo, tanto en el exterior como en el interior, les permitia la perfidia de los chinos; y cuando su constancia y valor hubo triunfado de este cúmulo de ataques del extranjero, ese puñado de hombres que durante siglos enteros, en la mitad del globo terráqueo, constituian el único albergue que en sus modestos conventos tenia la civilizacion europea, hallaban el valor necesario en su ardiente fe para abordar la conquista espiritual de imperios tan poderosos como el Japon, regaban aquella tierra con su sangre, y cuando á través de largos periodos de tiempo el Japon abre sus puertas á aquella civilizacion, en su reconocimiento á la obra cuyos cimientos echaron nuestros misioneros en aquel suelo, su monarca y su gobierno ruegan á nuestros Agustinos que vuelvan á dirigir las Misiones que tan fecundos resultados les proporcionaron.

En el interior de las islas ¿qué vemos? No tan sólo la reduccion de los indígenas á la fe de Cristo y la unidad religiosa, de que carecen las demás posesiones europeas en aquellos mares, sino la enseñanza de las artes y oficios al indio, la direccion en todos los procedimientos agrícolas, en una palabra, el bienestar moral y material, que comprueba la superioridad del pueblo filipino sobre los demás del extremo Oriente, en donde moran las dos terceras partes del género humano. No mencionando el *abacá*, producto exclusivo de aquel suelo, y hoy indispensable y sin rival á la industria marítima, su azúcar

obtiene en los concursos públicos la mayor recompensa; en los mercados, el mayor precio; su tabaco con el de Cuba no admite competencia en el orbe; pero abordando otro orden de ideas, consignaremos el hecho de que ningun pueblo tiene tan adelantada la enseñanza primaria como el de Filipinas. Ningun ejército puede aducir la prueba de que de 1,000 reclutas presentados en peloton, sin ser escogidos, 976 sepan leer y escribir, y un número de ellos algo regular con mayor instruccion. La superioridad del soldado filipino demostrada en todos los campos de batalla de Mindanao, Cochinchina y Joló, es reconocida por todos los escritores extranjeros, así como la especial aptitud del indio para la navegacion; su afición á la música, que es proverbial, y que el fraile fomenta dotando hasta la más última aldea de instrumentos de música y de medios de enseñarla, proverbial es asimismo con su paciencia y sin igual habilidad para la imitacion de toda clase de obras de arte, por delicadas que sean.

Pero en donde brilla más la enérgica decision de los frailes y el servicio que á la patria han prestado es en el aumento de la poblacion del país y en las costumbres morigeradas y verdaderamente cristianas que han sabido inculcar.

No ignoran nuestros lectores que uno de los signos más característicos de la raza malaya que la diferencian de las demás razas humanas, consiste en el desproporcional número de defunciones de párvulos. Así es que cuando en Europa vemos un término medio general, por ejemplo, de 15 sobre 100 defunciones de esta clase, en la Oceania asciende á un 75 por 100. Los esfuerzos de nuestros frailes, sus constantes estudios, han logrado por el establecimiento en Filipinas de los medios que hemos indicado, que esta desproporcion sea solamente de un 30 por 100, y no presentan nuestras poblaciones del Archipiélago el aspecto raquítico y enfermizo que en las demás localidades de aquellas regiones observa el viajero por todas partes.

Como pudiera acaso parecer apasionada nuestra opinion en esta materia, cuando no es más que el fruto de largas observaciones durante veintidos años consecutivos en aquel país, harémos un llamamiento á los autores extranjeros protestantes, que por cierto no podrian ser acusados de parcialidad.

En los momentos críticos de la inauguracion del canal de Suez, cuando habian caido ante los cañones de las potencias occidentales las barreras seculares que habian aislado de su contacto la China y el Japon, los círculos científicos y literarios se vieron sorprendidos por la publicacion de un *Viaje por Filipinas*. La materia era desconocida; todo ó casi todo era nuevo, así que fué el libro acogido con entusiasmo, y sus traducciones fueron muchas, y de él se ocuparon las principales revistas del orbe.

Gobernador general de las posesiones inglesas en China, en cuyo difícil mando acreditó sus grandes dotes, sir Jhon Bowring, despues de ejercerlo durante largo periodo de tiempo y antes de regresar á Inglaterra, visitó las Filipinas, vivió con los frailes, estudió sobre el terreno y en la choza del indio su sistema, y las observaciones que su larga experiencia de los hombres y del modo de gobernarles le sugirió ante los hechos y la situacion que,



por decirlo así, palpaba, forman la más acreditada justificación de la obra de nuestros misioneros.

Pudiéramos citar otras de reconocido interés, donde, además de tributar el debido homenaje á la obra de los frailes, se encuentran curiosísimos detalles; pero creemos que con lo expuesto hemos logrado nuestro objeto.

El fraile en Filipinas ha conseguido estos grandes resultados, no tan sólo por su fe y su constancia, sino porque se ha identificado con el indio, viviendo su vida, sabiendo el misionero al llegar á un pueblo cuya cura le está encomendada, que de allí no habia de salir; que en el modesto cementerio, que bajo su vista constantemente tiene, han de depositarse sus restos. El indio para él era un hermano querido, el objeto único en donde se albergaban todas sus afecciones. Así es que le enseñaba cuanto sabia, que procuraba incesantemente su bien, y era procurador nato suyo en todas sus relaciones con las demás autoridades. Nunca el fraile ha tenido algo que no fuese del indio: sus estipendios los consagraba á medicamentos que el indio no podia proporcionarse, á obras de utilidad, estableciéndose entre los diversos Curas verdadera emulacion para ver quien proporcionaba á su pueblo mayor suma de beneficios. El indio, que nunca hace antesala en el convento á todas horas abierto, que sabe que cuanto tiene el fraile es suyo, que reconoce la superioridad y la autoridad del religioso, que comprende los beneficios que le proporciona, en cambio le paga con la obediencia y el cariñoso respeto. No hay pueblo ni más dócil ni más sumiso. Tres siglos y medio van que Filipinas nos pertenece. Los chinos y la mesticería han promovido sediciones contra nuestra dominacion; el indio todavía está por proferir la primera queja contra España. Tendria que consultarla antes con el fraile; sin él no sabria hacerla, y tres siglos y medio van que la enseñanza que el fraile proporciona al indio se reduce á «*Dios y España.*»

Esta enseñanza es la que despues de la pérdida de nuestro poder colonial nos ha conservado un imperio poderoso con todos los elementos de riqueza que puedan desearse, y que una inteligente y hábil explotacion puede fecundizar en provecho de la patria; pero si bien destruir es fácil, y reconstruir en extremo costoso, anhelamos que ahora que nuevos horizontes se descubren en Filipinas, y que la accion administrativa va ocupando allí el puesto que le corresponde, que nunca olvide que lo ocupa porque los frailes supieron reservarlo; que la obra de las Órdenes religiosas merece respeto y consideracion, no tan sólo por su existencia de tres siglos y medio, sino por lo que le queda por hacer. Deseamos sobre todo que nuestro Gobierno tenga siempre presente que cuanto haga en favor del prestigio de los frailes en Filipinas es servir á los intereses de la patria. Nunca debemos olvidar que en el siglo pasado un virey de Méjico decia al rey D. Carlos III: *En cada fraile que pisa el suelo filipino, V. M. tiene un capitán general y un ejército.* En el siglo actual, pocos años hace todavía que el capitán general de Filipinas D. Marcelino Oráa escribia al general Espartero, regente del reino: *Mándeme V. una compañía de frailes; me servirán más que cuarenta batallones.*

NOTA.— Hemos tomado la relacion precedente del *Diario español*, que se publica en Madrid. ¡Preciosas confesiones en boca de un liberal! Nos permitiremos una observacion, aplicable á muchos, por des-

gracia. Si tales elogios merecen compatriotas nuestros que inflamados del espíritu religioso juran la observancia de una estrecha regla que comienza exigiéndoles el sacrificio de lo que el hombre aspira más, el sacrificio de la libertad, y esto por amor de Dios y por amor á sus semejantes, claro es que en Filipinas como en España, en Ultramar como en Europa, las Órdenes religiosas, los frailes en general, milicia consagrada á hacer el bien sin esperanza de humana recompensa, deben atraerse las simpatías y el respeto de todos los hombres capaces de comprender y admirar lo grande, lo heroico, lo sublime; y sin embargo no sucede así: personas que quieren los frailes en Filipinas, los aborrecen en España, ó forman al menos coro con sus detractores!

## PRINCIPADOS DANUBIANOS.

(Continuacion).

### CHIPRE.

Tambien Chipre debe gratitud á la Iglesia romana, á la cual estuvo unida un tiempo por estrechos lazos, y de la cual ha recibido señalados favores. En efecto, esta considerable isla del Mediterráneo, despues de haber pertenecido al Imperio griego en 1191, vino á poder de Ricardo I, rey de Inglaterra, que la dió á los caballeros del Temple, y éstos poco tiempo despues la restituyeron al mismo Ricardo. Pero la dominacion inglesa en la isla de Chipre fué de corta duracion, porque en el propio año de 1191, habiendo conseguido aquel Rey que Guido de Lusignan, de nobilísima estirpe francesa, le cediese sus derechos al reino de Jerusalem para conquistarlo de los sarracenos, entrególe en recompensa la isla de Chipre. A Guido sucedió Almerico en 1194, á quien se atribuye la institucion de los caballeros de Chipre establecida para defender la isla contra los sarracenos, y que se perpetuó hasta la conquista de los turcos. Reinando en la isla la mujer de Enrique I, el Papa Inocencio III le mandó al cardenal Pelagio Galvani, su legado en Grecia, el cual, de acuerdo con la Reina, los obispos y los magnates, arregló muchas cosas tocantes á la religion católica, entre otras el establecimiento de una Sede metropolitana y tres sufragáneas del rito latino. Para contener la pujanza de los turcos el Papa Clemente VI escribió una carta á los venecianos, los genoveses y los caballeros de Rodas, y tambien al rey de Chipre, mandándoles que tuviesen galeras armadas en el puerto de Esmirna. Inocencio VI, sucesor de Clemente VI, viendo que no cumplian lo dispuesto por la Santa Sede, escribió de nuevo al rey Hugo IV para que se opusiera á la irrupcion turca, y en tal estima tenia á aquel rey, que estando él en Aviñon, y necesitando los romanos direccion civil, lo mandó á gobernar por algun tiempo la ciudad de Roma. En 1366 el Papa Urbano V escribió cartas apremiantes á todos los príncipes de Europa para que socorriesen á las islas de Chipre y de Rodas, contra las cuales se dirigian los sarracenos de Egipto, Siria y Babilonia, coligados con los turcos; y si Europa se hubiese mostrado dócil á las palabras del Pontífice, seguramente no habríamos asistido á tantos horribles espectáculos como han sucedido y suceden en Oriente.

Habiendo el Pontífice Gregorio XI mandado celebrar por primera vez en 1372 á la Iglesia de Occidente la fiesta de la presentacion de la Virgen María en el templo, Pedro II, rey de Chipre, envió al Papa el Oficio de tal solemnidad con notas segun se cantaba en Oriente, Pontífice, no solamente lo aprobó, sino que lo hizo





COSTA DE LOS ESCLAVOS. — Templo de la Muerte en Porto-Novo. (Pág. 31).

en la iglesia de los Hermanos Menores de Aviñon, de donde se propagó por todo el Occidente.

En tiempo del rey Juan III el Papa Eugenio IV tuvo el consuelo de agregar, en 1445, á la Iglesia católica los cismáticos de Chipre que se habian adherido á los decretos del conciliábulo de Basilea. Para restaurar la disciplina eclesiástica y traer al gremio de la Iglesia á los caldeos y otros cismáticos que moraban allí, el Pontífice Nicolás V mandó en calidad de legado apostólico á Andrés, arzobispo de Rodas. Habiendo poco despues declarado guerra á Chipre Mahometo II, escribió con fecha 12 de Agosto de 1451 cartas muy apremiantes á Federico III, rey de romanos, y á los reyes de Inglaterra, Polonia, Bohemia, Suecia, Noruega, Sicilia y Escocia, exhortándoles á que prestasen socorro á Juan III con hombres ó dinero, y recomendó al mismo rey de Chipre que fortificase á Nicosia, y concedió indulgencia plenaria á todos los fieles que le prestasen ayuda. Del mismo modo en 1455 el Papa Calixto III hizo alistar una armada de diez y seis galeras al mando del valiente Cardenal Mezzarota, con la cual defendió la isla de Chipre de las hordas musulmanas. La hija del rey Juan III, Carlota, excluida del trono por usurpacion de Jacobo II, hijo espurio de su padre Juan, se refugió en Roma como la última reina de Bosnia, donde fué recibida amorosamente por Sixto IV, y tratada con los miramientos debidos á su alta jerarquía, señalándole por habitacion un palacio en *Borgo Nuovo*. Inocencio VIII tambien dispensó grandes favores á la desgraciada reina, y muerta en 1487, despues de solemnes funerales á que asistieron muchos Cardenales, la hizo sepultar en la basílica del Vaticano. Esta reina

fué la que transmitió sus derechos sobre Chipre á la casa de Saboya. La solicitud de los romanos Pontífices por la isla de Chipre se probó todavía en la invasion turca ocurrida en 1581, pues Gregorio XIII, que á la sazón regia la Iglesia, no pudiendo hacer otra cosa, rescató á precio de mucho oro bastantes chipriotas esclavos de los turcos. La catástrofe ocurrida no pudo impedir que los Pontífices se olvidaran de Chipre: así vemos que Paulo V ofreció hombres y dinero á Carlos Manuel, duque de Saboya, para recobrar la isla, lo cual no pudiendo verificarse llenó de dolor á aquel Papa. En la actualidad la mayor parte de los naturales de Chipre profesan la religion greco-cismática, pero hay no obstante algunos católicos con varias iglesias, entre las cuales se distingue en Larnaca la de los Franciscanos, concluida en 1866. Chipre es tambien la Sede de un obispo católico siro-maronita. Los Franciscanos tienen el convento de Santa María en Larnaca, fundado en 1593, con una comunidad de quince religiosos, escuela y parroquia, y el hospicio de Santa Cruz en Nicosia, fundado en 1514, tambien con escuela y parroquia. Erigida Nicosia en Sede episcopal el siglo IV, llegó á ser metrópoli en el XIII, contando por sufraneas catorce Sedes. Allí se celebraron dos Concilios, en 349 contra los errores de Orígenes, y en 643 contra los monotelitas.

Quiera Dios que bajo el régimen británico prospere esta infortunada isla, evangelizada por san Pablo y san Bernabé, y en la cual el Apóstol de las gentes convirtió al procónsul Sergio. San Bernabé volvió despues como ciudadano de allí con Juan Marcos, y segun algunos murió apedreado por los judíos hácia el año VIII de Herodes.





COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Misionero católico y grupo de negros junto al templo de la Muerte. (Pág. 31).

Su cuerpo fué hallado en 488 cerca de Salamina, teniendo sobre el pecho el Evangelio de san Mateo, escrito por su mano. De Salamina fué obispo también el doctor de la Iglesia san Epifanio.

#### BULGARIA.

Conocidos son los esfuerzos hechos en los últimos años por la Iglesia nacional búlgara para obtener de la Puerta su autonomía del Patriarca griego de Constantinopla, mediante la creación de un Exarcado. La autonomía fué concedida, pero el exarca no pudo ejercer plenamente sus funciones. Creían los búlgaros llegado el momento de su completa emancipación, una vez creado el principado de Bulgaria; pero ¡cuál no habrá sido su sorpresa al saber que se trataba nada menos que de la supresión del Exarcado y de la creación de un Sínodo dependiente de San Petersburgo! Los colegios eclesiásticos, con gran disgusto de la nación, son ya gobernados á la rusa, y de Rusia se ha hecho venir un *pope*, llamado Ponamaroff, para encargarse de dirigir el Seminario de Filippopoli, habiéndose establecido además como principio que los clérigos indígenas no podrán ascender á todos los grados de la jerarquía eclesiástica si no han estudiado en los colegios rusos.

En 1860 inicióse en Bulgaria un gran movimiento hacia la Iglesia católica. Cerca de tres millones de cismáticos mostraron gran deseo de entrar en el seno de la Iglesia. Un búlgaro fué consagrado obispo por el mismo Pío IX, y acaso sería católica toda la Bulgaria si Rusia é Inglaterra no se hubieran opuesto á este movimiento, principalmente la última, que quizás hoy lo deplora.

Sólo algunos millares de búlgaros siguieron firmes en la unión. Confiamos que afligidos los ánimos de aquellos habitantes por tantas injurias como les prodiga Rusia, volverán de nuevo sus ojos á la Iglesia romana, que les dió su fe, su civilización y su independencia civil, y respetó siempre á aquella ilustre nación, moviéndolos á rechazar con desden la ruinosa protección del moscovita, que, lo mismo que el turco, esparce el terror y el espanto en toda tierra que pisa.

Y cierto, venidos los búlgaros á principios del siglo VI de las riberas del Volga á Europa, su primer rey cristiano fué Telerico ó Teloro, hacia el año 777, bajo el pontificado de Adriano I; pero destronado por sus súbditos, el Cristianismo se extinguió con él por entonces entre los búlgaros. En el siguiente siglo algunos griegos hechos prisioneros difundieron entre ellos las semillas del Cristianismo; pero su conversión ocurrió bajo el rey Bogoris del siguiente modo. Tenía este soberano una hermana que durante su estancia en Constantinopla se bautizó, y luego que tornó á Bulgaria procuró la conversión de su hermano. Dos son los motivos á que se atribuye la conversión del rey. Se dice que Bogoris había pedido al emperador de Constantinopla un pintor para decorar el suntuoso palacio que levantó; y enviándole éste al piadoso monje Metodio de Tesalónica, le encargó Bogoris que pintase un asunto que inspirase miedo á los que lo viesen. El buen religioso pintó entonces el *Juicio universal* y la condenación de los *réprobos* con tal viveza de colorido y expresión, que el rey búlgaro se estremeció al contemplar dichas pinturas. Su espanto creció al oír la explicación, de tal modo que resolvió abrazar la religión



cristiana. También se cuenta que habiendo invocado Bogoris en una carestía al Dios de los cristianos, y siendo oído, entregóse al culto del verdadero Dios. La conversión de Bogoris, llamado Miguel después de su bautismo, ocurrió hacia el año 845.

El enemigo de todo bien no podía menos de suscitar obstáculos á la conversión de un pueblo entero, y por esto el rey Bogoris sufrió mucho por parte de aquellos súbditos, que no vieron bien en su soberano el cambio de religión; pero él, lleno de confianza en Dios, venció á los rebeldes é hizo predicar á los búlgaros el Evangelio, logrando que poco á poco se convirtieran todos. Desde aquel momento, que señaló para los búlgaros el paso de la barbarie á la civilización, comenzaron las buenas relaciones entre Bulgaria y la Iglesia romana. Una vez sometida á la ley evangélica la mayor parte del pueblo, Bogoris, en 866, envió su mismo hijo y otros embajadores, no al czar de Rusia, ni tampoco al Sínodo de San Petersburgo, institución desconocida así de las divinas Escrituras como de la antigüedad cristiana, sino á Roma, al Sumo Pontífice Nicolás I, con cartas y regalos, pidiéndole obispos y sacerdotes para concluir la conversión de sus súbditos y administrar los Sacramentos. Aquel soberano consultaba también al Pontífice sobre ciento seis puntos relativos á la fe, la moral, la política y las costumbres cristianas. Contentísimo el Papa Nicolás con esta embajada, escribió al rey una tierna carta, enviándole las divinas Escrituras y otros libros necesarios; respondió á las proposiciones que le consultaba, y envió como legados suyos á Pablo, obispo de Populonia, y al célebre Formoso, obispo de Porto, los cuales llegaron en 867 y sometieron todo aquel reino á Jesucristo.

La respuesta á las preguntas del rey búlgaro será siempre un monumento imperecedero de la sabiduría eclesiástica y civil de Roma pontificia, y en ello ha convenido el mismo Gregorovius, autor nada sospechoso de entusiasmo por los Papas. Hé aquí cómo se expresa: «La Constitución dada por Nicolás á los búlgaros fué uno de los más admirables monumentos de este hombre ilustre... Las relaciones establecidas entre Nicolás y el rey Bogoris, aunque de índole muy diversa, no fueron menos gloriosas que las victorias alcanzadas un día por Trajano contra el rey Decébalos en aquella tierra bañada por el Danubio (1).» Es más, al decir del mismo historiador alemán, las respuestas de Nicolás á los búlgaros hacen recordar á los salvajes del Paraguay y la Constitución dada por los Jesuitas á aquellos gentiles. Los errantes búlgaros, que hasta entonces habían vivido robando y matando, fueron reducidos por el Romano Pontífice á vida cristiana y civil. Preguntaron á Roma hasta sobre las cosas más insignificantes, y sobre todas obtuvieron puntual y equitativa respuesta. Aquel rey, que acostumbraba á beber el vino en una taza formada por el pellejo de un emperador bizantino, suavizó sus costumbres, gracias á aquel sabio Pontífice. Habiendo preguntado Bogoris si debía continuar comiendo solo en la mesa, mientras su mujer, sus hijos y sus magnates comían á su alrededor en el suelo, Nicolás le contestó que depusiese todo fausto, imitando á los príncipes cristianos y sobre todo á Jesucristo, rey de reyes, que comía, no só-

lo con sus amigos y con los Apóstoles, sino hasta con los publicanos y pecadores. Era costumbre entre aquella gente castigar con la pena de muerte á los guardias de las fronteras por donde se escapaba alguno. El Romano Pontífice halló muy dura esta pena, y exhortó á los búlgaros á que fuesen más solícitos por conservar la vida de los hombres de lo que lo habían sido hasta entonces para quitársela. Habiendo el rey Bogoris condenado á muerte á aquellos súbditos que se rebelaron por su conversión al Cristianismo, y á los hijos de ellos, preguntó sobre esto al Papa, deseando saber si había pecado. «Ciertamente que sí, le contestó Nicolás, respecto á los hijos inocentes que no habían tomado las armas contra tí ni tuvieron parte en la rebelión de sus padres. Y también debes salvar la vida á los padres que tengas presos y á todos aquellos que puedas perdonar en la lucha. Pero habiéndolo hecho por celo de la Religión, y más por ignorancia que por malicia, serás perdonado haciendo penitencia.»

Un griego que, fingiéndose sacerdote, había bautizado muchos búlgaros, fué condenado por el rey búlgaro á que se le cortaran las narices y las orejas, á ser azotado y desterrado. El Pontífice reprobó esto, escribiéndole que habría bastado con expulsarlo del reino. ¡Qué más! La tortura estaba en uso entre los búlgaros, y Nicolás aconsejó á Bogoris que la aboliera. «Ni la ley divina ni la humana la admiten, debiendo ser la confesión voluntaria y no forzosa. Por la tortura puede sufrir mucho un inocente sin confesar nada, lo cual es una crueldad por parte del juez; ó vencido del dolor puede confesarse culpable aunque no lo sea, y entonces se comete una injusticia.» ¡Hé aquí como la Iglesia romana, en un siglo que los modernos llamamos bárbaro, enarbolaba el estandarte de la civilización en medio de los bárbaros!

La sabiduría del Papa se reflejaba también en las enseñanzas religiosas que dió á Bogoris. Corrían muchas supersticiones entre los griegos, como la distinción entre los días fastos y nefastos, los augures, encantadores y otras cosas semejantes. Nicolás mostró la oposición de esto con las doctrinas evangélicas y lo proscribió. En todo fueron iluminados los búlgaros por el faro luminoso de la Sede Apostólica.

Este mismo Pontífice instituyó algunos obispos en Bulgaria, declarando á Acrida Sede arzobispal. Consagró también á los santos obispos Metodio y Ciriaco, y además de los mencionados Paulo y Formoso, envió también á Domingo, obispo triventino, y á Grimoaldo, obispo de Bomarzo. Si los búlgaros son hoy cristianos, si tienen algún rastro de civilización, si ha gozado su Iglesia de algún esplendor, débennlo á aquella Roma de que en mal hora se apartaron.

Ni se detuvieron aquí las íntimas relaciones entre Bulgaria y la Iglesia romana. Andando el tiempo, los Patriarcas de Constantinopla hicieron todo género de esfuerzos para someter á su jurisdicción la Iglesia búlgara; pero los Pontífices Adriano II y Juan VIII, que sucedieron uno después de otro á Nicolás, usaron de toda su autoridad para arrancar á los búlgaros de la sujeción al Patriarca de Constantinopla, ya amenazando á aquellos Prelados, ya á los soberanos búlgaros, ya á los grandes del reino, defendiendo siempre la independencia de su Iglesia. Esto no obstante, los búlgaros cayeron en la

(1) *Historia de la ciudad de Roma en la Edad media*, vol. III, t. V, c. IV, p. 2.



trampa abrazando el cisma griego, si bien bajo el pontificado de Inocencio III, y á instancia del rey Juan, aquel Papa tuvo el consuelo de recibirlos otra vez en la Iglesia romana. El mismo Pontífice envió á Bulgaria como legado al cardenal Leon Brancaleone para consagrar y coronar á Juan rey de los búlgaros y los válacos, enviándole con tal motivo el cetro y la corona real. El Arzobispo de Tarnovia obtuvo entonces el título de Primado, y se erigieron además otras varias Sillas episcopales.

Pero la Bulgaria fué ingrata á tanta solicitud de los romanos Pontífices, pues volvió á separarse de la Iglesia latina, y con esto de la unidad católica; y no obstante los grandes trabajos de Nicolás IV y Urbano V, la mayoría de los búlgaros siguieron en el cisma. Nicolás V envió á Albania, Bulgaria y Tracia, en 1451, á fray Eugenio Somma, franciscano, como Nuncio apostólico para extender la religion católica; y por último Benedicto XIV, en la bula *Gravissimum*, estableció las preguntas que habia que hacer á los obispos católicos de Bulgaria. Al presente la Mision está confiada á los Pasionistas, y el obispo de Nicópolis (Bulgaria), Ilmo. Sr. D. Ignacio Paoli, de la misma Congregacion, es el que está al frente de ella.

La última invasion rusa no ha sido la primera que ha tenido que sufrir Bulgaria: además de otra ocurrida en nuestro siglo, la historia recuerda la de 967, llevada á cabo por el emperador Nicéforo Foca, porque el rey búlgaro Pedro no habia impedido á los húngaros el paso del Danubio. Los daños que acarreó á Bulgaria aquella invasion fueron grandísimos: deseosos siempre los rusos de abandonar sus selvas, poco faltó para que se establecieran allí definitivamente. Cuiden los búlgaros de que no realicen los rusos en el siglo XIX lo que no pudieron conseguir en el X.

Los rusos vienen ahora de las riberas del Volga, abandonadas hace tiempo por los búlgaros en busca de tierras más hospitalarias y cultas, estableciéndose éstos al fin al Norte de Grecia, de donde se volvieron á Roma para obtener, junto con el Cristianismo, la vida civil. ¡Qué civilizacion pueden esperar de unas gentes que vienen ahora de las riberas abandonadas por ellos, y que en tantos siglos á nadie han podido enseñar ni religion ni cultura!

(Se continuará).

## COSTA DE LOS ESCLAVOS.

### I.

#### SACRIFICIOS HUMANOS.

(Continuacion).

II. *Templo de la Muerte en Porto-Novo.*—El reino de Porto-Novo fué fundado á principios del siglo XVII por un hermano de Takudonu, conquistador y primer soberano del Dahomey, con lo cual se comprende que as mismas costumbres crueles y sanguinarias han debido manchar largo tiempo aquel país. No ha mucho los sacrificios humanos se hacian allí ostensiblemente y como en el Dahomey, sin otra diferencia tal vez que en el número de las víctimas. Hoy dichos sacrificios no se hacen públicamente sino en determinadas ocasiones.

Testigo irrecusable de las sanguinarias costumbres de otro tiempo son los templos de la Muerte, de los cuales se encuentran vestigios en gran número de poblaciones.

«El templo de la Muerte, escribia el teniente de navío Sr. Gellé (1), es el edificio más curioso de la ciudad. ¿Quién podrá decir el número de infelices sacrificados al genio del mal en este recinto hoy tan quieto y cubierto de hierba que esconde á los ojos del absorto viajero la tierra tantas veces enrojecida por la sangre de las víctimas? A juzgar por el estado de los cráneos engastados en los pilares ó clavados en los muros, puede suponerse por la indiferencia y tranquilidad con que los negros pasan cerca de dicho lugar, que el fin de los sacrificios debe datar de muchos años. Los últimos recuerdos se remontan á más de treinta años atrás, y aún en los últimos tiempos de esta bárbara costumbre sólo eran sacrificados malhechores condenados á muerte en castigo de sus crímenes.»

Esta relacion es exacta en lo que toca á la misma ciudad de Porto-Novo y á la pública ofrenda de víctimas humanas en un templo y lugar especialmente dedicados á tan crueles ceremonias; pero la sangre humana corre todavía secretamente en sitios privados. En el campo sobre todo estas bárbaras costumbres se perpetúan entre los *Abovi* ó príncipes de los Mattes, como han tenido ocasion de observar con sus propios ojos los mismos misioneros en estos últimos años.

El grabado de la página 28 es copia de una fotografía del templo de la Muerte que existe en Porto-Novo; y el de la pág. 29 reproduce un grupo de negros de toda edad y condicion que el Rdo. Courdiox reunió un día junto al mencionado edificio. A la derecha de este misionero se encuentra uno de los catequistas de la Mision. Es un gran progreso y una prueba de la posibilidad de convertir un día este pueblo ignorante el que un sacerdote de Jesucristo pueda reunirle y predicarle el Evangelio en este mismo lugar en que hace poco ejercia absoluto dominio el espíritu del mal.

(Se continuará).

## INDOSTAN.

El Ilmo. Sr. Canoz, de la Compañía de Jesús, vicario apostólico del Maduré, escribe lo siguiente desde Negapatam:

### I.

El vicariato apostólico del Maduré se divide en tres grandes distritos: del Norte, del Centro ó de Marava y del Sud. Segun noticias del P. Verdier, este último distrito, del cual es superior, comprende el Tinnevelly y el territorio de la vertiente oriental de los Gattas con las diversas poblaciones que dependen del rajah de Travancor. Segun las estadísticas publicadas por la *Gaceta oficial* del Fuerte-San-Jorge de Madras, el Tinnevelly contiene 1.693,959 habitantes con una superficie de 5,817 millas cuadradas. La poblacion católica, sin contar unos 5,000 cristianos goaneses, sube á 52,000 almas, de modo que excede á la de los siguientes vicariatos de la India: Madras, 44,200; Calcuta, 14,300; Bombay, 21,800;

(1) *Revista marítima y colonial*, Marzo de 1874.





Maduré (Indostan).—Recepcion del Ilmo. Sr. Canoz, vicario apostólico, en Pambeu. (Pág. 33).



Bengala oriental, 7,805; Patna, 9,500; Vizagapatam, 12,390; Hyderabad; 8,500; Coimbatour, 25,000; Maysur, 25,500. Además de los 52,000 católicos del Sud, el vicariato del Maduré cuenta otros 100,000 en los distritos del Norte y del Centro.

Cuando en 1838 la Mision del Maduré fué devuelta á la Compañía de Jesús, encontró al protestantismo fuertemente establecido en el Sud, y actualmente hace en el Tinnevely una formidable propaganda. Los protestantes forman dos sociedades: la *Church Mission* y la *Society for the propagation of the Gospel in foreing parts*. Segun sus estadísticas, el número de protestantes se eleva á 93,500. Ambas sociedades tuvieron hasta 1877 un obispo comun en Madras; pero á fin de dar más fuerza al protestantismo Inglaterra ha creado dos obispos en el Sud, uno para cada sociedad. Ambos desplagan una actividad febril y tienen á su disposicion sumas enormes. Cada año hacen multitud de ordenaciones, de modo que actualmente cuentan en el Tinnevely más de 100 ministros indígenas en su mayor parte, sin contar los diáconos y los aspirantes. Cada sociedad ha dividido el territorio de su respectiva jurisdiccion en distritos, y estos en *pastorados*, regidos cada uno por un pastor.

La *Church Mission* tiene tambien por auxiliares 150 catequistas, 293 maestros y 147 maestras: cuenta 400 escuelas, para cuyo sostenimiento ha gastado en un año 170,000 pesetas; y está dividida en 10 distritos, uno de los cuales, el de Megnaburam, posee 101 iglesias.

Respecto á los nueve distritos de la *Propagation Society*, sólo he podido adquirir algunos datos del titulado de Nazareth. Está servido por el obispo Caldwell, 1 ministro europeo y 4 ministros indígenas. Tiene además 31 catequistas ó maestros de escuela, 2 pensionados, 1 escuela para niños y 4 para niñas, 11 escuelas mixtas y 1 huerfanato. Los demás distritos de esta sociedad están tambien ampliamente provistos.

La Mision protestante posee además una grande imprenta, seminarios para sus ministros y colegios para formar catequistas y maestros de escuela.

Estos ligeros apuntes sobre las fuerzas del protestantismo en el distrito meridional del Maduré darán una idea de la gigantesca lucha empeñada contra el Catolicismo.

## II.

¿Qué fuerzas podemos presentar en oposicion? El personal de la Mision se compone de 9 misioneros europeos, 7 sacerdotes indígenas, 12 catequistas y 26 maestros (1). Tocante á recursos pecuniarios, no contamos sino con las limosnas que nos envia la *Obra de la Propagacion de la Fe*, y que apenas bastan para el preciso sustento corporal.

Evidentemente la lucha es desigual, y si quieren conjurarse desgracias en lo porvenir, es preciso acudir prontamente en socorro del distrito del Sud. Conviene doblar el número de misioneros, cuadruplicar el de los catequistas y maestros de escuela, es decir 30 misioneros, 50 catequistas y 100 maestros. Pero el sostenimiento de este nuevo personal y la construccion necesaria de iglesias y escuelas reclaman un aumento considerable de recursos.

(1) El Maduré ha recibido últimamente un refuerzo de cinco misioneros. (N. de la R.)

El tiempo de la miés parece haber llegado para los misioneros del Maduré, cuyos trabajos han sido hasta hoy rudos y difíciles. Durante veinte años han tenido que luchar contra el cisma de Goa. A su llegada todas las iglesias estaban en poder de los cismáticos, y por añadidura han tenido que combatir al protestantismo, que despues de la corta desaparicion de la Compañía de Jesús habia sembrado el error en las poblaciones paganas, arraigándose fuertemente en el Sud. Los misioneros católicos del distrito meridional del Maduré, aunque poco numerosos, han logrado preservar de la defeccion á sus 52,000 cristianos y combatir eficazmente á los ministros del error. Hoy el hambre ha emblanquecido la miés, las espigas caen por sí mismas, ¡pero en qué manos! Las 32,000 conversiones de que hablan los dos obispos protestantes lo dicen de sobras. Sin embargo, á pesar de su poderosa organizacion, el coloso protestante tiene en contra suya la antipatía de muchos indígenas. En estos momentos un verdadero enjambre de emisarios protestantes recorre todos los pueblos para seducir á los paganos prometiéndoles dinero, proteccion, instruccion gratuita y empleos lucrativos para sus hijos. A pesar de todo, estos pobres paganos se dirigen con preferencia á nuestros misioneros, que á duras penas pueden darles algun socorro para librarles de la miseria. Merced á esta simpatía de los pueblos los misioneros católicos han podido bautizar en un año á 5,000 paganos que forman ya pequeñas cristiandades.

El P. Guchen, cuyo *pangu* (distrito) está situado en el centro de las dos Misiones protestantes, preparaba poco há para recibir el Bautismo 400 familias paganas. En Pandore, que es uno de los principales asientos del protestantismo, acaban de convertirse 135 familias, y el Padre, acompañado de un nuevo misionero, ha sido recibido en dicho pueblo al son de la música y á banderas desplegadas. Seis pueblos de las cercanías, que cuentan 500 familias, quieren abrazar el Catolicismo; y otros veinte pueblos, es decir, 2,000 familias paganas, piden con instancia al P. Guchen que las acepte como catecúmenas. Los ministros protestantes dirigen todos sus esfuerzos á detener este movimiento, y ofrecen á dichos pueblos cien veces más de lo que podemos nosotros; pero son rechazados, lo cual es una señal evidente de sus buenas disposiciones y una prenda segura de su perseverancia. ¿Qué contesta el P. Guchen á tantos paganos que le instan para que les reciba? «Estoy sin recursos; esperad. Voy á escribir á mis superiores.»—«Pero, Padre, los protestantes nos asedian, nos ofrecen dinero y nos amenazan: no nos abandoneis.» El P. Guchen y los demás misioneros del Sud nos dirigen cartas y más cartas pidiéndonos socorros; pero desgraciadamente nos es imposible satisfacer á tantas demandas, y mientras tanto aquellos pobres paganos están expuestos á ser presa del protestantismo. No nos abandonará, así lo esperamos, la caridad de los católicos.

Con motivo de la visita del Ilmo. Sr. Canoz á Pamben, un artista singalés trazó un croquis de la pocesion que fué á recibirle y de la decoracion exterior de la iglesia de Pamben, tal como representa el grabado de la pág. 32. El Ilmo. Sr. Canoz, acompañado de dos misioneros, habia hecho la travesía, desde el continente, seguido de seis barcos empavesados. Precedido de veinte y cuatro banderas, dirigióse á la capilla católica, distante un kilómetro de la playa, y en frente de



la cual se había levantado un arco de triunfo. Terminadas las preces de costumbre, el Obispo bendijo á la multitud. Pocos dias despues una larga procesion le conducia solemnemente desde su residencia á la iglesia, en donde celebró misa, administró la Confirmacion á 182 personas, dió la Comunión á 250 fieles, y bautizó á un pagano y dos protestantes. Al partir para Daripatam en el vapor *Editb* guardóse el mismo ceremonial que á su llegada.

El Ilmo. Sr. Canoz, que cuenta más de setenta y tres años, muestra mucho interés y afecto á los católicos de Pamben, cuyo primer misionero fué en 1841.

## COREA.

RELACION DEL CAUTIVERIO DEL ILMO. SR. RIDEL.

### IV.

El dia 31 de Enero oí algunas palabras de una conversacion secreta: se hablaba de ejecuciones para el dia siguiente. Durante el dia me fué sumamente difícil recogerme; pero por la noche estaba ya más tranquilo, y la pasé en prepararme, persuadido de que había llegado mi última hora. Hé aquí una nota que encuentro en mi añalejo al márgen del primer dia de Febrero: «Rezado el Oficio hasta Nona; dentro de poco probablemente moriré: me consagro enteramente á Dios. ¡Viva Jesús! ¡pronto iré al cielo!» Me parece que estaba bien preparado y dispuesto para la muerte. El tiempo que me quedaba lo empleé cantando el *Laudate* y el *Ave maris Stella*, y esperé. Los soldados hicieron aquel dia en el patio ejercicios extraordinarios, dando gritos feroces... Todo parecia confirmar mi idea... ¿Hubo realmente alguna ejecucion? Nunca he podido saberlo.

Al dia siguiente, primero del año chino, se me condujo á otro calabozo más alto. Por la noche no se me puso en el cepo, lo cual fué acaso una infraccion que los satélites se permitieron, porque dos dias despues llegó la orden de meterme en él de nuevo. Mis dos custodios eran sin duda amigos míos, pues oí á uno que decia:

—¿Es posible que se le trate de esta manera? Es un hombre honrado, justo y tan bueno como seguramente no se encontrará otro en Corea; es un verdadero Fô que de nuevo ha descendido al mundo.

Al siguiente dia los carceleros dijeron al juez:

—Da compasion poner á este hombre en el cepo.

El juez respondió:

—Verdaderamente, pero no puedo revocar la orden que he recibido.

Entre tanto me hallé atacado de un fuerte catarro, pues por la noche había sentido mucho frio. Dieron de ello parte al juez, quien dijo:

—¡Oh! esto es grave; si está enfermo, no le pongais en el cepo; queda á mi cuidado, tratadle bien.

Despues me envió una gran mampara para que me resguardase del viento, y diéronme tambien dos tazas de tisana. Estos agasajos me tenían admirado, y no sabia en qué vendrian á parar. El alcaide me dió tambien algunas monedas para comprar leña con que calentar la habitacion; pero mis carceleros no quisieron admitirlas, y de su propio bolsillo pagaron el combustible. Uno me dió cinco chapecas para que comprase tabaco, y otro un pequeño peine. Había llegado á ser el amigo de todos; no encontraban palabras con que elogiarme.

—¡Qué sencillo, qué afable y bueno es!

Los ancianos decian:

—El obispo Berneux, Daveluy y los demás Padres eran tambien así: estos europeos son verdaderamente virtuosos, al revés de nosotros los coreanos. En vez de darle muerte seria mucho mejor enviarle á su país.

El dia 5 de Febrero oí grande ruido en el pretorio: ¿qué sucedia? ni se me quiso decir, ni me dejaron verlo. Pronto caí en la cuenta de que serian prisioneros, pues oí al mismo tiempo gemidos y llanto como de niños. Mi primer pensamiento fué si serian cristianos, hasta que al dia siguiente desapareció toda duda cuando oí al juez decir en alta voz: —¿Te ha instruido el europeo?

Continuaban, pues, arrestando á los cristianos. ¿Cuántos y quiénes serian? Más tarde supe que habían puesto presa á una jóven de diez y ocho años, casada hacia diez dias, é hija de un noble coreano, Leon Ni, cristiano fervoroso que nos había prestado muchos servicios ya de antiguo, y que últimamente era el dueño de la casa en que vivía el Rdo. Deguette. Su hijo mayor, Juan Ni, acompañaba al misionero. La jóven fué presa con su marido, y despues del juicio fueron puestos en prision con los cristianos y los ladrones. El 20 de Febrero fueron tambien arrestados otros cristianos: eran entre todos unos veinte en la prision, estrecha, lóbrega y tan llena, que los detenidos estaban unos sobre otros y continuamente en el cepo: las mujeres se hallaban en una pequeña estancia contigua, pero sin aquella tortura. Pronto tendré ocasion de hablar de las prisiones y su régimen; antes diré algo de los satélites con quienes he vivido casi dos meses.

### V.

Hay dos tribunales llamados de la derecha y de la izquierda, cada uno de los cuales consta de unos 52 satélites ó ministriles. Estos, que han recibido cierta educacion, tienen á sus órdenes soldados y empleados subalternos que les acompañan en sus expediciones, y en fin verdugos, hombres pertenecientes á la última clase, de horrible catadura, que ordinariamente son antiguos ladrones puestos en libertad. Los satélites visten de diversos modos, segun las comisiones ó expediciones de que están encargados, y para no ser conocidos cambian á menudo de traje. Tienen jefes que se llaman *Tchyem-tji*, cuyo grado corresponde al de sargento, y llevan un anillo de jade (1), á diferencia de los *tong-tji* ó tenientes, que lo llevan de oro. Todos están bajo las órdenes del prefecto de policía, que tiene poder absoluto en las causas ordinarias.

Es difícil reconocer á los *pakio* ó satélites; pero las personas acostumbradas á verles casi nunca se engañan. Para hacerse conocer en caso de necesidad, llevan siempre consigo una placa semicircular de madera, que llaman *htong-pu*, en la que se hallan inscritos ciertos caracteres y un sello, y la tienen suspendida de la cintura del pantalon por medio de una correa de cuero de ciervo. Su autoridad es muy grande, y nadie osa resistirles, á excepcion de los nobles, que les desprecian y hasta algunas veces les hacen maltratar; pero aún entonces encuentran medios de vengarse en el pueblo, y ¡desgraciado aquel que en tales circunstancias cae en sus manos! Son temibles sobre todo cuando quieren ejercer venganzas personales ó apoderarse de los bienes de los ricos:

(1) Piedra muy dura de color verde oscuro.



saben siempre salirse con la suya, y á falta de razones emplean la tortura, haciendo padecer á sus víctimas sin regla ni medida.

A primeros de Enero de 1878 uno de éstos quiso robar á un hombre del pueblo una de sus mujeres. A este fin se unió con otros, y todos acusaron de ladron á dicho sujeto, le prendieron y pusieron en la cárcel, y para hacerle declarar sus pretendidos robos le sometieron á un tormento horrible. Mas en vano le hacian sufrir, porque siempre protestaba de su inocencia, lo cual aumentaba en tales términos la cólera de sus verdugos, que lo redujeron á un estado próximo á la muerte. En esto las gentes de su pueblo, que le tenían por hombre honrado, fuéron á protestar ante el tribunal. Poco á poco se fué descubriendo la falsedad de la acusacion, y el prefecto ordenó su libertad; pero el infeliz más parecia un cadáver desollado que un racional con vida: desnudas las costillas; barba, cejas y pestañas abrasadas, interesados los párpados, aplastados los piés, quebrantadas las rodillas, muslos y vientre hinchados y quemados... Sus acusadores, temiendo que muriese (en cuyo caso serian ellos los responsables), empezaron á cuidarle, y no pude saber despues si llegó á restablecerse.

Cuando los cristianos caen en poder de estos bárbaros no se puede imaginar á qué clase de suplicios se ven sometidos. En la actual persecucion el prefecto de policía no les ha dejado enteramente abandonados á la discrecion de sus subalternos: segun parece, él mismo habia indicado la clase de suplicios que podria aplicárseles para obligarles á hacer revelaciones y apostatar, y consistian en la dislocacion de piernas y brazos, y la suspension. He oido algunas veces los quejidos y gritos de dolor de los pobres torturados que sufrían por amor de Jesucristo. ¡Ah! yo participaba de sus sufrimientos; pero lo que más me afligia eran las chanzonetas y carcajadas de los satélites y verdugos.

No quiero decir con esto que todos sean malos y bárbaros; me complazco en creer que hay excepciones numerosas, y por lo que á mí toca, los satélites de la derecha no me han maltratado mucho; algunas veces hasta tomaban mi defensa y me protegían contra los que me injuriaban. Complacíanse en hablar conmigo familiarmente, y me hacian muchísimas preguntas: tuve que hablarles más de cien veces de los reinos de Europa, de su extension, su distancia, etc., explicarles las cuatro estaciones, las fases de la luna, los eclipses de sol y luna..., los vapores, los ferro-carriles, etc., etc. Hasta pude explicarles la doctrina cristiana. No creen en la existencia de Dios, pero admiran los diez mandamientos, y frecuentes veces oí de su boca elogiar á los cristianos. Son muy buenos y pacíficos, decían; no roban, no mienten, no hablan mal del prójimo, á nadie engañan, etc. ¡Qué diferencia con aquellos que roban cuanto pueden, mienten casi siempre, hasta el punto de que no se sabe qué creer de sus palabras! Por mi parte he sido tantas veces engañado, que no daba crédito á lo que me decían. La mentira es una especialidad de esta gente; pero lo común á todos los coreanos son las palabras obscenas y las historias y discursos escandalosos. Frecuentemente hablan entre sí por gestos, de modo que al principio no los comprendía; pero cuando me explicaron lo que aquello significaba, les manifesté todo mi disgusto con in-

dignacion; despues tomaron precauciones, y cuando se presentaba algun reciénvenido con propósitos licenciosos, se apresuraban á decirle:

—No habéis de eso, que no le gusta oírlo.

Las preguntas más ordinarias, por otra parte preguntas de cortesía, á las que tenía que contestar millares de veces, eran estas: «¿Cómo te llamas? ¿Qué edad tienes? ¿De qué país eres? ¿Tienes padres? ¿hijos varones? ¿hermanos?» Y para devolverles el cumplido debía hacerles á mi vez las mismas preguntas. Pero añadian: «¿Cuándo viniste? ¿con quién? ¿cómo?...» Preguntas indiscretas á las que declaraba no tener obligacion de responder. Todo el tiempo que viví con ellos no cesaron de hacerme preguntas de todo género, algunos con bastante inteligencia, y escuchaban tambien con gusto mis respuestas.

Un dia me preguntaron seriamente si podria lograr que los japoneses que habian de llegar por la primavera se volvieran á su país. Otro dia si les podria construir un vapor.

Durante todas estas conversaciones no tenía yo trazas de prisionero; sin embargo, estaba preso, me era imposible salir, y dos guardias me vigilaban dia y noche.

Se habló desde un principio de mandarme á mi país, y un jefe llegó á decirme:

—Para enviarte á tu país ¿á dónde habria que conducirte?

—Conducidme donde queráis: sabéis que no deseo sino que se me permita quedarme en Corea á fin de enseñar la doctrina cristiana.

—¿Es decir que, aunque se te echara de aquí, no marcharías?

—Si se me despidе á la fuerza, me veré obligado á ir donde se me conduzca.

—¿Y á dónde conducirte? Si se te enviase á la China ¿qué harías?

No habia hablado todavía de mi pasaporte chino, porque le consideraba inútil en Corea; pero en esta ocasion ví el momento favorable de enseñarlo.

—Si me enviáis á la China, dije, menos mal, porque tengo un pasaporte que me permite circular libremente por todo el país de Leao-tong.

Como me lo pidiese, se lo presenté: lo leyó sin fijarse al parecer en él, y devolviéndomelo dijo:

—Este pasaporte no sirve aquí.

—Ya lo sé, y por eso no he hablado de él, pero en China con este pasaporte puedo obtener la proteccion de los mandarines.

Al dia siguiente por la mañana vinieron de parte del gran juez á pedirme el pasaporte, documento que produjo alguna sensacion: hasta me hablaron de él en un interrogatorio, y por fin se olvidaron de devolvérmelo.

Como he dicho en otro lugar, algunos dias despues de mi prision, los dos jueces, el de la derecha y el de la izquierda, fueron reemplazados por otros. Al primero de ellos, llamado Kim, tuve ocasion de verle una vez por haberme llamado á su tribunal. Era media noche, y como la vez anterior estaba en una habitacion cuya puerta abrieron, hallándome yo fuera de pié con algunos satélites. El interrogatorio fué de poca importancia, y creí que el juez sólo me habia llamado para conocerme y proporcionarse el placer de verme. Entre otras cosas me preguntó:

—¿Dónde están los demás Padres?



—Lo ignoro hace quince días: sabedores de mi prision, se habrán ocultado, y nadie por consiguiente puede saber dónde se encuentran.

—Justamente, dijo el juez, no puede saberse dónde están en la actualidad... Pero ¿dónde estaban entonces, dónde vivían?

—No puedo responder á esa pregunta, y aun cuando lo hiciera, no por esto os seria más fácil encontrar á los Padres á quienes busáis: han huido, y nadie sabe á dónde: por otra parte, si os lo dijera, no haria más que denunciar inútilmente á personas inocentes, causándoles un verdadero perjuicio que ni puedo ni quiero hacer.

—¿Qué deseáis se haga de tí?

—No sé lo que el Gobierno decidirá; pero ya que me haceis esta pregunta, lo que deseo es que el Gobierno permita mi estancia en la Corea, establecerme en la capital y predicar la doctrina católica. Sabeis muy bien que, lejos de ser mala, esta doctrina enseña á los hombres á practicar el bien. Los que la observan son gentes pacíficas, honradas y buenos ciudadanos; de suerte que el Gobierno mismo saldria ganando si nos concediera ese permiso.

—¿Y si el Gobierno te condujese fuera del reino?

—Yo no pido salir, al contrario, si se me permitiera quedar en este país, en él estaria hasta la muerte. Me encargaria entonces de recoger, alimentar y educar á los niños huérfanos y abandonados, tan numerosos.

—¿De dónde sacaríais el dinero?

—Mis compatriotas me lo darian.

—¿Tan ricos son?

—Muy ricos, nó; pero

si caritativos, generosos y desprendidos, y quieren mucho á los coreanos.

—¿Por qué te frotas las manos así?

—He salido de una habitacion caliente, es media noche y tengo frio.

—¿Tienes frio! Sacadle de aquí y tratadle bien...

Poco despues dió para mí al jefe de los satélites una cajita de dulces de la China.

## VI.

¿Qué pensaba, qué hacia el Gobierno? Era este un enigma de difícil solucion, siendo lo positivo que el Consejo fluctuaba entre muchas dudas y vacilaciones tocante á mi persona. Oí decir á un jóven:

—Ayer tarde hubo una terrible disputa en la prefec-

tura de policía: dos ministros contendian encolerizados, y á la media noche todavia no habian podido ponerse acordes.

—¿A propósito de qué?—preguntó otro.

—Tratábase del Europeo.

Segun parece, escenas como estas eran frecuentes. Unos querian enviarme á la China; otros condenarme á muerte.

Un dia me dijeron:

—Se ha consultado al Gobierno chino tocante á vuestro destino, y lo que él ordene se cumplirá indudablemente.

Otros decian:

—Cuando hayan llegado los demás Padres, se decidirá. Bueno seria les hiciéseis comparecer.



ILMO. POLDING, primer arzobispo de Sydney. (Pág. 39).

Los satélites nunca me dejaban. En número de ocho, diez y á veces veinte, iban y venian, pasando el tiempo en reir, jugar, disputar y mover grande algazara desde las seis á las siete de la mañana hasta media noche, y esto no era el menor de mistormentos. Continuamente me hablaban, sin dejarme tiempo siquiera para recogerme un poco y orar. Diferentes cajas de que se habian apoderado en mi casa habian sido llevadas al cuerpo de guardia de los satélites; muchos objetos habian desaparecido durante el pillaje; y aun al presente, cada vez que el jefe abria mis cajas, los satélites presentes retenian lo que les convenia, viniendo á preguntarme qué era tal ó cual objeto y para qué servia. Cierta dia llevome uno de ellos una crucecita, preguntándome si era de oro. Al

punto reconocí en ella una parte de mi cruz pectoral, que contenia algunas reliquias y que aquel hombre habia roto. El todo debió ser fundido en el fuego, pues no he vuelto á ver más aquella cruz, que era de plata dorada. Otros satélites me trajeron un pedazo de jabon preguntándome qué era. Quise darles un rato de diversion enseñándoles el modo de hacer pompitas, y tan bien logré la mia, que todos á porfía pusieron manos á la obra, hasta los mandarines, que soplaban con fuerza en un canutillo de papel. Hicieron tambien entrar á todos sus amigos para que viesen esta maravilla, y creo que todos hubieran querido tener jabon, que muchos me pedian inútilmente, pues no lo tenia. Uno de ellos me dijo:

—¿Es bueno para comer el jabon?

—No, y además podria perjudicar la salud.



—Cabalmente mi niño, que tiene diez años y al cual di un pedazo de esto, creyó que era un dulce, y comiendo de él se puso enfermo.

Entonces aproveché esta circunstancia para advertirles que en mis cajas habia algunos remedios europeos, excelentes sirviéndose bien de ellos, pero que empleándolos sin discernimiento podian causar la muerte.

—Sí, me decian, pero el vino es muy bueno, bien lo sabemos.

—Y tambien muy fuerte, añadió otro: hace pocos dias bebí algunos vasitos, y me cogió tal sueño, que no me desperté hasta la mañana siguiente.

Esto me indicaba que habian bebido todo el vino que guardaba para la celebracion del santo Sacrificio.

Durante aquel tiempo no se me trató mal. Mañana y tarde dábanme arroz y á medio dia una especie de puchero. Pero me era imposible mudar de vestido, y sólo alguna que otra vez pude conseguir, no sin gran trabajo, un poco de agua para lavarme rostro y manos, y aún me la traian en el barreño en que los satélites se lavaban los piés.

Un dia me dijeron:

—El gran juez ha sabido vuestra habilidad en el dibujo, y pide que le hagais el retrato de un coreano, de un chino y de un europeo. Dudé al principio, pues no sabia dibujar; pero sobre todo temí fuera un lazo. Insistieron, y puse manos á la obra. El coreano pasó fácilmente, y tambien el chino; en cuanto al europeo, vestíle un poco á mi fantasía, y envié mi trabajo al gran juez, que me hizo dar las gracias, ponderando al mismo tiempo mi habilidad. Resultado

de esto fué que todos querian tener dibujos de mi mano, que debí negarles á fin de conservar mi reputacion.

Entonces oí hablar por vez primera de los juegos que siguen á las fiestas del primer dia de año chino en Corea. Duran un mes, y consisten en verdaderos combates. Dos bandas compuestas de dos ó trescientos hombres, provistos de gruesos palos de dos piés de largo, toman posiciones. A una señal dada, precipítanse con furor unos sobre otros, y menudean los varazos á diestra y á siniestra hasta que una de las dos partes se ve obligada á ceder y huir. Fácilmente se concibe el número de contusiones, de cabezas, espaldas, piernas y brazos rotos, dando muchas veces la muerte por resultado. Estos verdaderos combates de gladiadores son para los habitantes de la capital uno de los más bellos espectáculos. Como hicie-

se notar á los satélites la crueldad de estos combates, me contestaron:

—¡Oh! los coreanos son los únicos para tan gran bravura, para soportar tales golpes y afrontar así la muerte.

Una vez llegó á tal punto el encarnizamiento, que el Gobierno se creyó obligado á prohibir esta diversion; pero dos dias despues volvíase á ejecutar en otro barrio, siempre en las afueras de la capital.

—Si los europeos asistiesen á estos juegos, me decian algunos, ¡qué alta idea tendrian de los coreanos! ¡No hay pueblo como el nuestro!

Muchas veces tuve ocasion de conocer la manera como se corrige á los soldados. Entre los que hacian servicio en los cuerpos de guardia habia algunos que cum-

plian bien sus deberes, pero tambien los habia siempre rebeldes á la disciplina. Uno de ellos, alto y robusto, no pasaba muchos dias sin entrar ébrio é incapacitado para el servicio. Dejábanle dormir despues de ponerle grillos, y á la mañana siguiente, conducido á presencia del jefe, le condenaba á recibir tres, cinco ó diez varazos. Muchas veces me invitaron á presenciar esta ejecucion, pero negábame á ello compadeciendo al pobre paciente, lo cual hacia reir á los satélites. No obstante, aunque nada viese, pude oirlo todo. Extendian al paciente sobre una estera, en presencia de sus camaradas: el jefe le hacia alguna amonestacion, y un hombre, provisto de una especie de tabla de ocho piés, á una indicacion suya heria al culpable, que á cada golpe prorumpia

en gritos, ahogados por la voz de dos soldados que al intento cantaban en tonos diferentes. Sucedíanse los golpes á cortos intervalos, durante los cuales el jefe continuaba con sus amonestaciones, cada vez más severas. A cada golpe los dos soldados cantaban, y el paciente gritaba más fuerte. Frecuentemente esta paliza no pasa de comedia por la manera de dar los golpes y cierta connivencia que hay entre los soldados. No obstante, ví algunos que despues de recibir diez azotes tenian la piel levantada y las piernas profundamente surcadas, quedando de resultas sin sentido y costándoles un mes el reponerse.

La religion de todos esos agentes de prefectura, como la de los nobles y altos funcionarios, es el culto de Confucio, al cual honran, respetan, alaban, admiran y ha-



ILMO. VAUGHAN, actual arzobispo de Sydney. (Pág. 40).



cen sacrificios. Este culto les enorgullece, y acusan á los chinos de indiferentes con aquel filósofo. Repetidas veces me han dicho:

—Tenemos una doctrina, que es la de Confucio, y no necesitamos ni queremos otra.

Inútil hubiera sido entrar en discusion, y no hubiera hecho más que irritarles. A veces, sin embargo, les he mostrado que la doctrina de Confucio era incompleta, que los sacrificios que hacen á los antepasados comunmente no son otra cosa que comedia, etc., etc.; pero todo esto con muchas precauciones, porque sobre el particular son muy susceptibles los coreanos. Para convertirles conviene ante todo explicarles la doctrina cristiana, mostrarles su belleza, sus pruebas, etc.; pero combatir de frente sus doctrinas sólo serviría para humillarles sin resultado alguno. Luego tambien añadía:

—Decís vosotros que teneis una doctrina, pero no así el pueblo: los letrados honran á Confucio; los bonzos honran á Fô, mas ¿qué doctrina sigue el pueblo?

—Es verdad, respondian, el pueblo no la tiene.

—Pues bien, dejadnos enseñarle la religion cristiana, que ya sabeis cuán buena es y cuántos letrados notables de Corea la han practicado.

—¡Oh! sí, eran grandes sabios fulano y zutano!...

Por dos veces, á saber, en 1.º de Febrero y en 10 de Marzo, se habian divisado en la costa de Corea buques europeos. La poblacion estaba inquieta y en ansiosa expectativa. Señaláronse nuevos buques en Abril y en Mayo, y cada vez esta noticia excitaba un gran rumor. El 12 de Marzo un jefe de satélites llegó con toda su tropa: supe que volvía de una expedicion al Sur, sin duda en busca de los misioneros. Confirmó la presencia de dichos buques en las costas, y conducía tres cristianos; pero no pudo descubrir el paradero de los Padres, lo cual le tenia muy malhumorado. Excusábase diciendo que era imposible penetrar en las campiñas infestadas de bandidos, y que los satélites del país no se atrevían á empresa alguna. Sin duda desahogó sobre mí su descontento, porque tres dias despues tuve que asistir al gran interrogatorio.

(Se continuará).

## NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

(Continuacion).

El campo de los descubrimientos se ensanchaba cada dia en la Nueva-Gales del Sud. Consiguióse pasar los montes Azules, y el ingeniero Evans descubrió la fértil llanura de Bathurst, atravesada por dos grandes ríos que llamó Macquary y Lachlan, los dos nombres del gobernador de Sydney en dicha época. En 1817 Cunningham, pasando la montaña Harris, observó el curso del río llamado por los salvajes Morrumbidgee, y diez años más tarde reconoció los montes Darling, el río Brisbane y la bahía de Moreton. El capitán Sturt, subiendo por el Morrumbidgee en una pequeña barca, entró en las aguas del Murray, el río mayor de la Australia, con el cual se juntan el Darling y el Lindsay; y finalmente llegó al gran lago salado de Alexandrina, que comunica con el mar y tiene 50 millas de largo por 35 de ancho, estando

en esta época cubierto de una multitud de focas ó buyes marinos. En 1831 el mayor Mitchell condujo una expedicion á las soledades inexploradas del interior, y descubrió varias montañas y ríos, llegando hasta el trópico de Capricornio. Los vastos y dilatados pastos que este explorador encontró en su camino permitieron á los colonos de Sydney aumentar aún el número de sus excelentes ganados.

Harémos aquí punto en esta rápida reseña sobre la colonia de Sydney para ocuparnos de los humildes principios del Catolicismo en Australia.

Transcurria el año 1805 cuando dos sacerdotes católicos ingleses, los Rdos. PP. W. Harold y Dixon, condenados á la deportacion por su celo apostólico de propaganda, llegaron á Sydney. No obstante su calidad de *convicts*, fuéles permitido ejercer su ministerio con los católicos, todavía poco numerosos, de la nueva colonia; pero al cabo de tres años fueron llamados á su patria.

En 1817 un sacerdote irlandés, el Rdo. Flynn, llevó los auxilios de la Religion á los católicos de Sydney, abandonados, puede decirse, del mundo entero; bien que la intolerancia protestante no le permitió ejercer por mucho tiempo su sagrado ministerio. Sin embargo, antes de partir celebró la santa Misa en casa de un católico donde se habian reunido todos los fieles, á quienes dejó en depósito la sagrada Eucaristía como salvaguardia espiritual. Entonces acaeció un hecho milagroso, bastante raro en la historia de la Iglesia y que Dios permitió sin duda para premiar y sostener la fe de los pobres católicos de Sydney. Por espacio de tres años las santas especies se conservaron perfectamente intactas, y cuando en el año 1820 el Gobierno inglés, en virtud de las vivas reclamaciones de los habitantes de la Nueva-Gales del Sud adheridos á la fe romana, hubo permitido á los reverendos Connelly y Terry ir á ejercer el ministerio sacerdotal en la Australia, estos sacerdotes hallaron, con alegría mezclada de admiracion, el Cuerpo del Salvador enteramente conservado en casa de un piadoso colono llamado Davis, que fué despues convertida en iglesia bajo el nombre de San Patricio (1).

Entre tanto, á pesar de las malas pasadas y aún persecuciones de los anglicanos, el número de católicos aumentaba en Sydney, donde muy pronto fué insuficiente la presencia de dos sacerdotes. Entonces la Providencia acudió en auxilio de esta pobre Iglesia enviándole un religioso Benedictino de la Congregacion inglesa, cuya piedad y carácter activo supieron proveer á todas las necesidades de aquella lejana colonia. El P. William Bernard Ullathorne llegó á Sydney en 1832 con tres sacerdotes seculares. Perteneciente á esa genuina y vigorosa raza de monjes que en el siglo VI convirtió la Inglaterra y sobrevivió á todas las persecuciones del XVI y XVII, el P. Ullathorne, revestido de la dignidad de vicario general del Vicario apostólico de la isla Mauricio, dedicó sus desvelos á favor de los católicos de Sydney, que formaban ya la quinta parte de la poblacion de dicha ciudad, á la sazón de 71,000 almas. Abrió escuelas, edificó tres iglesias con los recursos que sabia procurarse de los católicos y hasta de los protestantes, y en pocos años, gracias á su actividad y hábiles medidas, pudo mante-

(1) Memorie storiche dell' Australia, p. 130-131.



nerse dignamente el honor de la Iglesia romana en la capital de Australia.

Pero la colonia necesitaba un Pastor de más alta jerarquía, que á la plenitud del sacerdocio reuniese todos los poderes de la jurisdicción episcopal. A este fin los católicos de Sydney elevaron á la Santa Sede una petición que el P. Ullathorne y sus cooperadores firmaron en primer término. La elección de Gregorio XVI recayó en el P. Polding, de la Orden benedictina, que gobernaba con gran sabiduría el colegio-monasterio de Downside en Inglaterra (1). Este piadoso y sabio religioso fué consagrado por el Ilmo. Bramston en Londres el año 1834, á título de obispo de Hiero-Cesarea *in partibus infidelium* y vicario apostólico de toda la Australia.

Su llegada á Sydney en 1835, sesenta y cuatro años después del desembarco de Cook, fué el principio de una nueva era para los católicos romanos, y coincidió felizmente con la llegada del general Burke, gobernador de la Nueva-Gales del Sud. Este funcionario era irlandés de nacimiento, y aunque protestante, fué imparcial y supo tener en equilibrio la balanza de la justicia entre sus administrados, perteneciesen ó no á la comunión católica. Mediante un examen detenido pudo cerciorarse de que el clero anglicano de Sydney se había hecho adjudicar la séptima parte de todas las tierras de la colonia, y que había recibido como subvención en el espacio de siete años la enorme suma de 110,549 libras esterlinas (2.601,153 pesetas), sin que su celo religioso hubiese disminuido los crímenes y escándalos de que se quejaban las personas honradas. En su virtud, el general Burke no vaciló en pedir para las colonias al secretario de Estado la abolición de aquellos privilegios exorbitantes y la igual repartición de los subsidios del Gobierno entre los diferentes cultos practicados en Australia. Esta sabia medida dió á los católicos de Sydney la igualdad de derechos religiosos, les permitió entregarse con toda libertad á las prácticas de nuestra santa Religión, y proporcionó al Vicario apostólico recursos suficientes para sostener el culto, edificar templos y fundar escuelas.

El Ilmo. Sr. Polding, auxiliado del P. Ullathorne, á quien había conservado como vicario general, dividió su inmensa diócesis en cinco distritos, cada uno de ellos regentado por un sacerdote. No tardó en observarse una notable mejora en las costumbres de los colonos de la Nueva-Gales del Sud. Verdad es que, con la llegada de gran número de irlandeses, la población católica, totalmente afecta á su nuevo obispo, formaba ya la tercera parte de los europeos, y su influencia sobre los protestantes iba en aumento cada día. La estadística criminal disminuyó de una manera considerable, y las sentencias de muerte que en 1835 habían alcanzado la cifra de 22, dos años después quedaron reducidas á 7. Sin embargo, el número de penados enviados de Inglaterra crecía siempre, subiendo á más de diez y ocho mil los llegados á Sydney en el periodo de 1835 á 1845.

Léjos de desanimarse por la presencia de tantas ovejas enfermas en medio de su propio rebaño, el Obispo de Hiero-Cesarea se desvivió enteramente por su conversión. Protestantes de corazón bien dispuesto que tornaban á su redil, católicos convertidos que volvían á frecuentar

los Sacramentos, frutos de virtud en todas partes; todos estos consuelos que á menudo experimentaba, contribuían á darle nuevas fuerzas. Viendo que la mies era mucha y los operarios pocos, resolvió enviar á Europa al P. Ullathorne para proporcionarse nuevos auxiliares. Este religioso regresó con veinte eclesiásticos y partió de nuevo para Europa. El Ilmo. Sr. Polding no dudaba que no volvería á ver en Australia á este religioso, que había sido el primero en roturar los campos todavía incultos del nuevo continente que nos ocupa. Efectivamente, el P. Ullathorne debía subir á la Silla episcopal de la populosa ciudad de Birmingham, donde hoy día permanece, y que ha transformado con las numerosas creaciones religiosas debidas á su energía y á su actividad infatigable.

En 1840 el Ilmo. Sr. Polding tenía á sus órdenes diez y nueve sacerdotes, varios jóvenes que habían recibido las órdenes menores, nueve iglesias en que se celebraba el culto divino, seis otras en construcción, muchas capillas diseminadas en los extremos de la ciudad de Sydney y lugares circunvecinos, un seminario dirigido por seis sacerdotes con veinte clérigos jóvenes internos y muchos estudiantes externos, treinta y una escuelas y un monasterio de religiosas de Nuestra Señora de la Merced. En este mismo año hubo en Sydney más de 23,000 Comuniones y 3,140 Confirmaciones.

El Vicario apostólico de Australia se dirigió á Roma en 1842 para hacer conocer á la Santa Sede los consoladores progresos del Catolicismo en este nuevo mundo. Los Cardenales de la Propaganda comprendieron la necesidad de secundar este feliz movimiento proponiendo al Padre Santo la erección de un arzobispo en Sydney, con Sillas episcopales sufragáneas en Hobart-Town (Tasmania), en Melbourne (1) (Australia Feliz), en Adelaide, en Perth y en Puerto-Victoria (Australia del Sud, del Oeste y del Norte). Para asegurar el éxito de esta obra grandiosa el Ilmo. Sr. Polding resolvió hacer un llamamiento á sus hermanos los monjes de san Benito, para que en gran número acudiesen á compartir sus trabajos apostólicos. Obtuvo asimismo de dom Guéranger, venerable abad de Solesmes, uno de sus hijos, el P. Juan Gourbeillon, que se consideró dichoso en emplearse en la evangelización de los colonos australianos y utilizar su talento de escultor en la decoración de las iglesias de Nueva-Gales del Sud. De regreso á Sydney, el Ilmo. Sr. Polding formó su cabildo catedral con los monjes benedictinos, según la costumbre casi nunca interrumpida en Inglaterra desde san Gregorio el Grande (2), y les confió también el colegio católico. Después llamó en su auxilio á los Padres Maristas, esos apóstoles de las islas de Oceanía que han evangelizado casi en su totalidad y por las cuales hasta han derramado su sangre (3).

Desde entonces la prosperidad espiritual de la Iglesia de la Nueva-Gales del Sud siguió la misma progresión que la prosperidad material de esta rica colonia. Mientras

(1) Desde 31 de Marzo de 1874 Melbourne es la Sede de una segunda provincia eclesiástica en Australia, creada por Pío IX á propuesta del Ilmo. Sr. Polding.

(2) Semejante ejemplo fué seguido hace pocos años por el Ilmo. Sr. Brown, obispo de Newport. Este Prelado obtuvo de la Santa Sede que el Monasterio de San Miguel de Belmont, en el país de Gales, fuese considerado como su catedral, y los monjes benedictinos como sus canónigos.

(3) Estos religiosos tienen hoy día en Sydney una parroquia, un colegio con residencia, y prestan los mayores servicios á la colonia.

(1) Nació en Liverpool, en 18 de Octubre de 1794, de una antigua é ilustre familia.



que Leichart y Mittchel hacian numerosos descubrimientos en el interior del continente, los monjes y sacerdotes católicos procuraban con ahinco corregir las costumbres de los colonos y convertir á los protestantes, pues en 1845 en todo el distrito de Sydney quedaban solamente cuatro indígenas. Empujados al interior por los continuos progresos de los europeos, que extendian sin cesar la zona de sus cultivos y de sus pastos, los indígenas sólo hallaban refugio en los bosques situados en el centro de Australia; y el mismo kanguru que cazaban para procurarse el alimento, habia desaparecido enteramente, en aquella época, de la Nueva-Gales del Sud. Para evangelizar á los naturales era preciso buscarles en sus propios bosques, lo cual pudieron conseguir los monjes españoles de Nueva-Nursia, como veremos más adelante.

En 28 de Febrero de 1873, con motivo de la avanzada edad del Arzobispo de Sydney, fué nombrado coadjutor suyo, con futura sucesion, el P. Vaughan, benedictino, con el título de arzobispo de Nazianzo *in partibus infidelium* (1).

El Ilmo. Sr. Polding murió en su residencia el 16 de Marzo de 1877, tributándosele con este motivo grandes honores y rindiendo á su memoria los mismos protestantes el más cumplido homenaje.

En cuanto á la ciudad de Sydney, vino á ser en pocos años el Lóndres de Australia.

Verdad es que su excelente situacion y su delicioso clima hacen que sea muy agradable vivir en ella. Situada entre los 34° de latitud y los 150° de longitud, goza de una temperatura media de 20° Réaumur en verano y de 10° en invierno. Allí crecen admirablemente todos los árboles frutales del Norte y Mediodía de Europa; viñas de todos los climas, legumbres de todas las zonas, flores de todas las latitudes: aquello es un paraíso terrenal. Sydney en nada se diferencia de las ciudades más aristócratas de Inglaterra, y sus anchas calles, suntuosos edificios, espléndidas fondas y monumentos notables hacen que rivalice con las primeras capitales de Europa. En su puerto de Jackson, que es como el punto de reunion del universo, se ven toda suerte de trajes y caras de todos colores, oyense casi todos los lenguajes del mundo, y finalmente su comercio ha hecho de ella la metrópoli del hemisferio austral. Numerosas ciudades como Paramatta, New-Castle, Brisbane, Maitland, Bathurst, le forman rica corona.

Pero todas estas riquezas y grandiosidades no deben entretenernos demasiado, pues son únicamente el signo de una prosperidad enteramente material, y nos urge llegar, despues de una rápida excursion por las colonias de Melburne, Adelaida y Puerto-Victoria, á la Australia occidental, donde tendremos ocasion de contemplar el espectáculo consolador de una poblacion salvaje, conquistada á la civilizacion por la sola fuerza de las leyes del Evangelio.

(Se continuará).

(1) Rogerio Vaughan es hijo segundo del coronel Vaughan de Courtfield y hermano del obispo de Salford, Ilmo. Sr. D. Herberto Vaughan. Nació en Courtfield en 9 de Enero de 1834. Entró en la Orden Benedictina en 1854, y fué ordenado presbítero en San Juan de Letran por el cardenal Patrizzi en 9 de Abril de 1859. Recibió la consagracion episcopal de manos de Ilmo. Sr. Manning, arzobispo de Westminster, en 19 de Marzo de 1873. Es autor de una *vida de santo Tomás de Aquino*.

## LA PAMPA.

*Relacion del Rdo. P. Santiago Costamagna al Rmo. Padre Juan Bautista Bosco, Superior general de la Congregacion de San Francisco de Sales.*

Carhué, 27 de Abril de 1879.

¿Recuerda todavía, querido Padre, las fervorosas súplicas que nosotros, pobres misioneros Salesianos, elevábamos á Dios en ese templo de María Santísima venerada bajo el título de *Auxilium christianorum*, antes de partir para América?

¿Cómo no se ha de acordar?... Todavía me parece oír su voz argentina, que entonaba conmovida la antífona *In viam pacis*, y despues seguir con nosotros el cántico de Zacarías y terminarlo, diciendo con fe y con amor: *Illuminari his qui in tenebris et in umbra mortis sedent*. Pues bien; demos gracias á Dios que ha principiado á escuchar las súplicas de sus pobres é inútiles siervos! Ya los Salesianos se encaminaron á los confines del Desierto á redimir á los indios de la Pampa (1), que no conocian aún á su Redentor; ya hablan y viven con ellos, ya les hacen experimentar los efectos de la Redencion del buen Jesús. Estamos en el Carhué, distante unas ciento treinta leguas de Buenos-Aires, y dentro de poco estaremos en Patagones, á la distancia de unas trescientas leguas de Buenos-Aires, y siempre atravesando desiertos.

El 16 de Abril, miércoles de Pascua, el Dr. D. Antonio Espinosa, Vicario general de esta Archidiócesis, nuestro catequista D. Luis Botta y yo, fuimos á postrarnos ante el Ilmo. Sr. Aneiros á fin de que nos diese su benediction para el buen éxito de la Mision. El venerable Arzobispo no sólo nos la dió de todo corazon, sino que tambien dispuso un repique general de campanas en todas las iglesias de Buenos-Aires, invitando al pueblo á rogar por nosotros y por el feliz resultado de la ardua empresa que acometíamos, de la cual podia depender un feliz porvenir para los pobres indios. En seguida partimos de Buenos-Aires en compañía del Ministro de la Guerra, de militares de todas graduaciones, y en el ferro-carril llegamos en tren expreso al Azul, que pocos años há era la última poblacion que la República Argentina tenia por este lado antes de internarse en los desiertos de la Pampa.

Pero ¿qué tienen que ver el Ministro de la Guerra y sus soldados en una mision de paz? Verdaderamente no sabria cómo explicarlo. Lo cierto es que aquí es preciso adaptarse, y, por amor ó por fuerza, es necesario que la cruz váya tras de la espada. ¡Paciencia y así sea! El Ministro de la Guerra supo que nosotros íbamos á salir para esta Mision de Carhué, y, como él estaba para trasladar los confines de la frontera desde el Carhué hasta el Rio Negro, quitando así á los indios el espacio de

(1) La Pampa es un vastísimo desierto de la América meridional que se extiende desde el rio de la Plata hasta el pié de los Andes por espacio de unas 240 leguas de longitud y 144 de latitud. Buenos-Aires y Mendoza están casi en las extremidades E. y O. Están habitadas por indios y por guachos, estos últimos de origen español, endurecidos con la vida salvaje, siempre á caballo y dedicados á la caza: son benéficos, y acogen á los viajeros con hospitalidad. Los indios que habitan en el Sur son sanguinarios y feroces; su ocupacion es la rapiña y la guerra, y tienen odio implacable á los guachos. Cruza á través de los Pampas un camino que conduce desde Buenos-Aires á Chile.





ESTADOS-UNIDOS.—Colegio de Spring-Hill, cerca de Mobile (Alabama). (Pág. 48).

quince mil leguas cuadradas, tuvo la atención de invitarnos á que lo acompañáramos en este viaje, prometiendo facilitarnos la conduccion de nuestras personas y de nuestro bagaje.

En el Azul fuimos recibidos con toda cordialidad por el Cura del pueblo Rdo. D. Bernardino Legarraga, sacerdote muy ilustrado, el cual desplegó toda su elocuencia para hacernos volver atrás, pintándonos con los más negros colores los peligros y padecimientos que íbamos á encontrar; pero viendo que predicaba en el desierto nos socorrió con toda caridad y buen tino, facilitándonos varias cosas indispensables para este viaje.

Entonces nos dieron á cada uno un caballo, y un carro para los tres, que además de llevar nuestro altar, armonium y balijas, nos tenia que servir de dormitorio, oratorio, salon de recreo durante la lluvia ó nieve que podria visitarnos por el camino, etc., etc., y sin más partimos.

El primer día encontramos en nuestro camino unas cuarenta rancherías de colonos ruso-alemanes, hombres religiosísimos, llegados á Buenos-Aires el año pasado huyendo de la persecucion religiosa: vimos tambien esparcidos acá y acullá algunos toldos ó cabañas formadas con pieles, habitaciones de algunos indios pampas. Son éstos de un color muy oscuro, cara ancha y despejada, frente muy angosta, con la cabeza cubierta de abundantísimos cabellos, que, especialmente en las mujeres, están divididos por tres gruesas trenzas, una de las cuales cae sobre las espaldas y dos á los lados sobre los hombros. Cuando pasábamos á su lado los saludábamos diciendo: *Mari mari*, que quiere decir: «Buenos días,» y ellos al momento contestaban: *Mari mari cumelecaimí?* «¿Cómo están Vds.?» Y nosotros les regalábamos una

linda medalla de la Santísima Virgen, y saludándoles continuábamos nuestro viaje al Desierto.

Llegada la noche del primer día, y hecha la primera parada, mientras pensábamos en calmar el hambre, un antiguo coronel quiso que le acompañáramos en la cena, «para acostumbrarnos poco á poco, decía, á la vida de campamento.» Y despues de encender un poco de fuego, echó encima algunos pedazos de carne. Figúrese V. R. una carne negra, dura como un palo, llena de ceniza y humo; un poco de agua, y nada más, y conocerá qué cena tan sabrosa la nuestra.

—Pero, querido coronel, ¿es verdad que nuestra cena será siempre por el mismo estilo? le dije yo, que pensando en mi mala dentadura veía que iba al encuentro de una dificultad insuperable.

—Mi querido Padre, contestó el veterano, siempre ha de ser así!!! Y quiera Dios que no haya de ser peor, que entonces será preciso acostumbrarse á comer carne de potro y beber agua podrida... Somos soldados y basta.

El segundo día del viaje me dieron un caballo muy brioso que no queria dejarse montar; así es que no bien lo habia sofrenado que ya me tiró al suelo. Al caer me recalqué el pié izquierdo, y no pudiendo montar á caballo tuve que subir á un carro, y así encerrado seguí mi camino.

El Dr. Espinosa, confiando en su san Antonio, de quien es devotísimo, y hasta amenazándole santamente si no me curaba pronto, se puso á asistirme y á hacerme asistir con todo empeño, de modo que pronto me encontré muy aliviado de mi dolencia y más bien debí dar gracias á Dios, que siempre sabe sacar bien del mismo mal, pues habiéndome alcanzado un oficial, á quien



conoci en Buenos-Aires, tuvo la bondad de llevarme consigo en su *brek* y conducirme al Carhué tan pronto, que mientras el viaje de mis compañeros duró ocho días, el mio sólo duró cuatro.

Paso en silencio las impresiones que recibí en esta travesía con la vista, ya de las lagunas, ya de los torrentes, ya de las llanuras sin límites, desnudas de árboles y siempre cubiertas de verdor: no le hablo de los fortines que á fuerza de andar encontrábamos cada día en nuestro camino, hechos con paredes de tapia y fortificados con un solo cañon: no describiré, porque sería imposible, una multitud de cuadrúpedos y volátiles que recorren y vuelan por este desierto con toda libertad, como las liebres, los zorros, el leon, las perdices, el avestruz, etc., etc., y otros que no conocemos, como la gama, rapidísima en su carrera, el chimango y el carancho, que saca los ojos á los otros animales, la lechuza, el chajá, la mulita, etc., etc.; mas, para ser breve, sólo diré algo del Carhué y de lo que hemos hecho hasta ahora.

El Carhué es un pueblo que se está formando, situado en las playas de una bellísima laguna de agua salada, en los límites de la provincia de Buenos-Aires y el territorio indio. Tiene unas treinta casitas, algunos almacenes, un cuartel, un pequeño fuerte, y los toldos de dos tribus de indios sujetos al Gobierno, que reciben el nombre de sus caciques ó jefes, á saber, Tripailao y Manuel Grande.

Llegado al Carhué fui muy bien recibido por el jefe, coronel Levalle, el cual se ofreció á servirme en cuanto precisase para la instruccion de los indios. Le dí las gracias, mas viendo que el pobre no podia cumplir su palabra, pues en esos dias tenia que atender al Ministro, á las tropas y á mil otras cosas, me resolví á ingeniarme por mí solo como pudiese. Subiendo á caballo salí del pueblo, y preguntando dónde estaban los toldos de los indios, luego que me dieron las señas me dirigí á ellos, y á los quince minutos entraba en los de Tripailao. Al acercarme el corazon me palpitaba de un modo extraordinario, y mientras me recomendaba á mi buen Angel de la guarda, veo venir un jóven robusto y despejado, que, saludándome respetuosamente, se ofreció á servirme en lo que precisase, hablando muy bien el idioma español.

—¿Quién eres? le pregunté.

—Soy, respondió, el hijo del cacique Tripailao.

—¿Eres cristiano?

—Sí, Padre.

Y me explicó cómo habia sido hecho cristiano y se habia educado en Buenos-Aires. No me parecia verdad encontrarme tan pronto libre de apuros, teniendo á mi disposicion un cristiano que sabia ambos idiomas, indio y español, y que además era hijo del cacique. Dí gracias á Dios por esto, y sin más pedí y obtuve ser presentado á Tripailao. Éste me recibió con toda cortesía, y, conocidos mis deseos, no sólo se prestó, sino que por medio del hijo, que le servia de intérprete, manifestó el gran deseo que tenia de que toda la tribu se hiciese cristiana. No se necesitaba más para llenarme de júbilo, y, reunidos todos los muchachos de la tribu, principié á enseñarles á la sombra de un toldo, explicándoles y haciéndoles formar la señal de la cruz. Aquellos pobrecitos estaban medio desnudos, me miraban con ojos muy abiertos y con mucha atencion. Le aseguro que tuve

que sudar en la primera leccion, porque aún no estaba fuerte en el idioma indio, mas con el auxilio del catecismo compuesto por el buen P. Sabino logré hacerme entender y conseguí que retuviesen en su memoria el gran misterio de la santísima Trinidad.

El mismo día volví á dar otra leccion de Catecismo á los muchachos, y entonces Tripailao me dió á entender que deseaba se diese en su toldo, que es el más capaz de todos, pues el techo está cubierto por unos treinta cueros: acepté gustoso, y conduje toda mi grey al gran salon. Entrados allí, ya estaban preparados los asientos, que eran otras tantas cabezas de caballos ó bueyes muertos, conforme á la costumbre de los indios: en ellos se sentaron de un lado los muchachos y del otro las muchachas, como tambien algunos hombres que el cacique por darme gusto habia tenido la bondad de reunir. Terminada la escuela les regalé una medalla á cada uno y despues visité sus toldos. ¡Cuánta miseria!! Los más están mal cubiertos de trapos rotos y súcios, no teniendo para alimentarse sino una escasa racion de carne que el Gobierno les pasa diariamente: saludan gozosos la llegada de cualquier presa que logran cazar, y si pueden conseguir aunque no sea más que una cabeza de potro, la echan sobre las brasas, y sin desollarla siquiera comen hasta las orejas alegremente con su familia. Mas no tienen que echar la culpa á nadie sino á sí mismos de tanta miseria, pues si bien las mujeres trabajan en coser y tejer, los hombres generalmente se lo pasan matando el tiempo á puñetazos y saludando cordialmente de cuando en cuando la botella de aguardiente; mas creo que pronto se adaptarán á cultivar la tierra y disfrutar del fértil suelo del Carhué.

Fuí tambien á los toldos de Manuel Grande, que me recibió cordialmente. Él y su hermano hablan regularmente el español, así es que, reunidos todos los muchachos, ambos me ayudaban con sus palabras y con sus gestos á ponerles en orden y á hacerles aprender cuanto les enseñaba; pero pronto se cansaron y me dejaron allá con mis discípulos á la buena de Dios.

Tambien éstos iban aprendiendo bien y me consolaban. Mas ¿quién podrá expresar algo de la satisfaccion que experimenté cuando preguntando á unos jóvenes: —¿*Pilaimi cristiano geal*? ¿No quiere V. ser cristiano?—*May*: Sí, Padre, me respondieron. —¿*Chumael*? ¿Para qué?—*Tañi pouam wonu mu*: para poder ir al cielo.

Entre tanto llegaron el señor Vicario General y el catequista Botta para reforzar mi débil brazo. El Dr. Espinosa se ocupa en arreglar los casamientos, y ha podido ya celebrar el del hijo de Tripailao con una cautiva cristiana que desde niña cayó en poder de esta tribu, junto con su pobre madre, donde permanecen acostumbradas ya con los años al modo de vivir de los indios. El catequista Botta enseña las oraciones á mis neófitos, y hemos ya bautizado unos sesenta indios y unos cuarenta chiquillos.

Tememos mucho que el Ministro quiera partir pronto del Carhué para el Rio Negro. Es verdad que nuestros deseos serian quedarnos aquí hasta concluir todo lo que hay que hacer, pero el Ministro dice que no conviene dejar partir un ejército de dos mil hombres que va á emprender una marcha tan larga sin que vaya algun sacerdote; que en el camino no nos faltará que hacer; que



en el Rio Negro encontraremos otros indios á quienes instruir, y que además él trabajará para que pronto venga al Carhué un capellan estable: así que dentro de pocos dias tendremos que partir para el Rio Negro, aunque nos duela dejar sin bautizar á nuestros queridos neófitos, que aún no están suficientemente instruidos.

Pero en este caso no perderemos tiempo; estudiaremos más el idioma indio, enseñaremos cuanto podamos, y siempre nos acordaremos de nuestro sagrado deber de ganar almas para Dios.

Su afectísimo hijo en Jesucristo,

SANTIAGO COSTAMAGNA, misionero Salesiano.

## CRÓNICA.

**Cairo.**—Se ha establecido en esta ciudad un colegio católico confiado á los Padres de la Compañía de Jesús, habiendo sido nombrado rector el P. Alejo de Villeneuve, que durante mucho tiempo ha sido profesor en los colegios de la Compañía en Oriente.

**Costa de Benin (Africa occidental).**—El Rdo. Ménager, misionero de Agoué, escribe al Superior de las Misiones africanas de Lyon:

«... El 6 de Setiembre, volviendo á la laguna con mi intérprete y amigo D. Benigno de Souza, vimos á la puerta de su casa, inmediata á la del cabecera ó jefe, una numerosa turba, y un instante despues reconocí al tambor mayor (*bunc toga*) del cabecera con las espaldas ensangrentadas, atado de piés y manos, llevando en el cuello á guisa de collar los restos de un pollo recientemente inmolado. Comprendimos desde luego que al referido tambor se le habia sorprendido en flagrante delito de robo en casa del cabecera. Los despojos que llevaba al cuello eran los del ave robada, y el caco habia sido condenado á servir de chacota al pueblo por toda la ciudad, y principalmente en un campo á donde tenia que permanecer al menos una hora. Los negros se rien del ladron castigado, no por ser ladron, pues todos poco más ó menos ejercen este oficio, sino por haberse dejado prender.

«—¿No podria yo implorar su gracia? pregunté á mi amigo.

«—El cabecera os quiere, me respondió, y me parece accederá.

«Mandó al culpable que nos siguiese hasta la puerta del cabecera, y pidiendo permiso para entrar, nos fué concedido.

«El cabecera vestia traje ordinario, cubierta su cabeza, como de costumbre, con un casquete real, del cual puedo hacerle á V. una descripcion, ahora que nuestras religiosas han estado encargadas de fabricarlo: señal insigne de confianza, pues las mujeres llamadas en otro tiempo al mismo honor debian sufrir la prueba del fetiche ó ídolo, para saber si aplicaban allí algun sortilegio. Esta corona real es una funda de casquete, cerrado en alto por una muesca y rodeado de tres ó cuatro volantes acanalados y sobrepuestos. El cabecera nunca se quita el casquete, ni aún de noche, y lo guarda bajo su sombrero de representacion. Así cubierto, envuelto en un lienzo blanco que deja al descubierto sus anchas espaldas, y sentado en un sillón de mimbre de Madera, el jefe nos recibió muy cordialmente. Despues de los cumplimientos de costumbre y de acariciar á su pequeño hijo que tenia entre piernas, tomamos asiento en medio de los ancianos, que vinieron á saludarnos con el título de *blancos nacidos en domingo*.

«En un momento quedó lleno el patio de la gente que nos habia seguido, deseosa de oir el fallo. Rogué á mi amigo que expusiese mi peticion, y desde las primeras palabras ví en el rostro del cabecera que la causa estaba ganada.

«Dile al Padre de lengua barba, contestó al intérprete, que nada puedo negarle, y que me siento dichoso al tener esta ocasion de complacerle accediendo á su ruego, cosa que no hubiera hecho con nadie más.

«Despues de habernos ofrecido cerveza el cabecera ordenó que desatases al culpable, y le dijo que viniese á darme gracias por haberle obtenido su favor. Hice darle por mi intérprete una pequeña leccion de moral, á la cual prometió ser fiel. Su mujer, que habia sido llamada para que presenciase el acto, vino tambien á mostrarme su gratitud.

«Al dia siguiente nuestro cocinero mataba un carnero bien cebado, regalo del Sr. de Souza. El cabecera recibió parte de él como ofrenda, lo cual le lisonjeó grandemente, porque pocas horas despues me mandaba su baston para demostrarme su agradecimiento.»

**Constantinopla.**—El dia 13 del mes pasado el Rmo. Sr. Hassun, patriarca armenio católico, que tanto ha sufrido por la Iglesia en los años anteriores, fué recibido solemnemente por el Sultan. Carruajes de la Casa imperial y otros empleados de la Corte fuéron á buscar al Patriarca en Pera y lo acompañaron al palacio de Jeldiz, en donde el Sultan le esperaba. La entrevista del Patriarca con aquel Soberano fué por todo extremo satisfactoria. Contestando al discurso del Patriarca díjole S. M. que agradecia sus sentimientos y que deseaba que todos sus súbditos viviesen tranquilos y felices: añadió que, siendo el Patriarca el jefe religioso de gran número de católicos, estaba seguro de que procuraria que siguiesen abrigando los mismos sentimientos de fidelidad. Al despedirse, el Sultan prescindió de la etiqueta establecida, acompañando al Patriarca hasta la mitad del salon, y antes que Su Rma. saliese de palacio le envió el gran chambelan para que le felicitase. Muchísimos personajes y todos los católicos de Constantinopla acudieron despues á la residencia del Patriarca, felicitándole y felicitándose á sí mismos por este suceso, que se ha considerado en Constantinopla como un acuerdo solemne que acaba de asegurar á la poblacion católica de Armenia y de toda el Asia Menor la libertad religiosa que le habia sido perturbada.

**Escocia.**—El marqués de Bute ha hecho donacion de 25,000 pesetas para contribuir á la ereccion de una catedral en Dunkeld, Sede del nuevo obispado restablecido en 1878. Este es uno de los muchos actos de munificencia y generosidad que ha practicado aquel ilustre prócer desde su conversion al Catolicismo.

**Ho-nan (China).**—El Ilmo. Sr. Volonteri escribia el 3 de Setiembre al Ilmo. Sr. Raimundi, vicario apostólico de Hong-Kong, lo siguiente:

«Despues de un penoso viaje me encuentro á 1,000 *lys* (400 kilómetros) de mi residencia de Nan-yang-fu, y á 300 *lys* (120 kilómetros) al Norte del rio Amarillo. Mañana proseguiré mi camino, 300 *lys* más, en direccion de la provincia de Pe-tche-ly, con el objeto de visitar las estaciones que ví á mi regreso de Pekin en 1873. En estas montañas, donde viven nuestros cristianos á 600, á 1,000 y aún 1,800 piés sobre el rio Amarillo, el clima es muy sano y el panorama bellissimo. A una veintena de *lys* al Oeste del pueblo en que habito se penetra en el Chan-si, provincia separada del Ho-nan por una cadena de elevadas montañas.

«Aunque la recoleccion ha sido abundante en estas comarcas, vense por todos lados los estragos del hambre; pueblos desiertos, casas cerradas, abandonadas ó en ruinas, y la poblacion disminuida en sus dos terceras partes.

«En este pueblo, que visité hace seis años, no quedan sino veinte personas. En su derredor reina un profundo silencio, y casas inhabitadas, calles y plazas cubiertas de vegetacion inculta, tal es el espectáculo que ofrece y que lastimosamente se reproduce en todos los distritos hasta el rio Amarillo.

«La generosidad de los cristianos durante el hambre ha producido la mejor impresion. El nombre del europeo, en otros tiempos maldito, es bendecido ahora, y los paganos comienzan á apreciar una Religion que manda á los que la profesan socorrer á su prójimo en las desgracias. Los mandarines son los que no han cambiado, pues continúan trabajando contra nosotros; pero el pueblo y aún los letrados se nos muestran agradecidos. En Nan-yang-fu queria el pueblo darme un testimonio público de simpatía; mas el prefecto hizo prender al promovedor de la manifestacion, y le condenó á sufrir 300 palos, por más que los notables protestaran contra tamaña brutalidad. En cambio nuestra popularidad aumenta.»

**Madras (Indostan).**—El Ilmo. Sr. Fennelly, vicario apostólico, nos comunica las siguientes noticias:

«Acabo de hacer el censo de los católicos de mi vicariato, segun el cual suben á 14,293. A pesar de los estragos del hambre, de la fiebre y de la disenteria, ha aumentado su número en 10,000. He confirmado últimamente 700 neófitos.

«Las consecuencias del hambre han sido más desastrosas de lo que preveia. En Agosto último visité las estaciones del Noroeste, donde las poblaciones son presa de la mayor miseria. Los precios de los víveres son subidísimos; la fiebre y la disenteria hacen estragos horrosos, y por todas partes se encuentran niños medio muertos que el hambre ha dejado en la orfandad.

«En la primera mitad del año abrí dos asilos de huérfanos y construí nuevas casas: una en Maddighery, distrito de Herneol, y otra en Moodque. En estas localidades han sido bautizados 1,000 adultos y



he recogido 300 huérfanos, de los que 100 han fallecido despues de ser bautizados. Con mucha pena he tenido que dar orden á los sacerdotes de suspender sus trabajos á causa de quedar agotados todos mis recursos. En Octubre último tenia que alimentar 645 huérfanos, y no podia sostenerlos hasta más allá de Enero próximo. Procuro disminuir las cargas comprometiendo á algunas familias indígenas para que adopten cierto número de estos niños.»

**Noruega.**—Noticias recientes de este país dan cuenta de la inauguracion de la iglesia de San Miguel en Hammerfest, la ciudad más septentrional del mundo, concurriendo á dicha solemnidad la mayor parte de los dignatarios de la misma y unas mil personas. Esta es la primera iglesia católica construida en toda la Laponia noruega. En Altengaard sólo existe una capilla, y aunque en la ciudad de Tromsøe hay otra iglesia, no forma parte de la Laponia. Segun antiguos documentos, el rey de Suecia Magno I intentó evangelizar esos pueblos nómadas, y en 1275 el arzobispo de Upsal edificó y consagró una iglesia católica en Tornea, haciendo un gran número de conversiones en aquella parte sueca de la Laponia. El último misionero católico fué Damian Goes, que en 1540 envió á Su Santidad Paulo III una noticia sobre el estado del Catolicismo en aquellos países casi despoblados, y nada más nos dice la historia sobre el particular. Por lo tanto puede decirse que la iglesia de San Miguel de Hammerfest es la primera iglesia de la Laponia noruega.

La estacion de Hammerfest no era, como las de Altengaard y Tromsøe, residencia continua de un sacerdote católico: hasta hace poco los misioneros pasaban allí en determinadas épocas para cumplir las funciones del ministerio apostólico; y si bien hace tres años el reverendo Rjelsber, misionero noruego, fué nombrado rector de la estacion de Hammerfest por el Ilmo. Sr. Bernard, prefecto apostólico, no pudo instalarse en dicho punto hasta Julio de 1878 bajo la direccion del Rdo. Hagemann, superior de la parte septentrional de la Mision de Noruega.

La vida del misionero en aquellas regiones de hielo y nieve es dura y su ministerio muy penoso. Si no tiene que sufrir el ardiente clima del interior del África, se ve obligado á vivir bajo un frio de 20° á 30° Réaumur, á no sentir el calor benéfico del sol, á luchar contra la oscuridad durante tres meses, á combatir las preocupaciones anticatólicas que se maman allí con la leche y son causa de que los protestantes miren la Iglesia católica como una escuela de añejas supersticiones, y su autoridad santa como una tiranía y una usurpacion puramente humanas.

Véanse á continuacion los principales párrafos de una carta que el Rdo. Hagemann dirige á los católicos de Alemania su patria en demanda de auxilio:

«Tengo ya 43 años y me veo en la necesidad de aprender todavía un nuevo idioma, el *finnois*, de que precisamente he de servirme para escribir y predicar. He comenzado, pues, mi obra en un extremo del mundo civilizado, sin conocer el idioma, sin dinero ni recursos, sin amigos ni hermanos en la fe, y confiando únicamente en Dios.

«Me considero tan dichoso por haber logrado edificar una iglesia, la primera iglesia católica construida desde la Era cristiana en el Finmark y en la Laponia! El día de la consagracion, día grande para nosotros, fué el 31 de Octubre. A un mismo tiempo tuve en ese día el consuelo de admitir nueve convertidos y de bautizar un niño.

«La construccion de la capilla es un tanto primitiva; está formada sencillamente con postes de madera y gruesas tablas, y puede contener 150 ó 160 personas.

«No es la Mision de Hammerfest la única que me ha sido confiada. Como superior de Finmark y de la Sajonia tengo que proveer también á las necesidades del establecimiento de Altengaard, asilo de niños que preparo para recibir la primera Comunión. La obra está empezada y el establecimiento se halla bajo la inmediata direccion del Rdo. Hartmann. En mi última visita tuve que pensar en procurarles las cosas más necesarias, como camas, mantas, vestidos, pan, etc.

«Me fué también preciso encargar á una señora el cuidado de los más pequeños. Al encontrarse esta respetable y ferviente cristiana, que es danesa y ha recibido una educacion brillante, instalada en su cuarto, cuyos muebles consistian únicamente en una cama prestada, una mesa y dos sillas, lloraba de alegría viéndose tan pobre por amor á Jesucristo.

«Hasta la fecha se han admitido en el asilo diez niños como internos y cuatro como externos, pero carecen todavía de muchas cosas.

«Ayer concluyeron mis recursos en la compra de lienzo, vestidos y alimentos, mas espero que el correo de mañana me traerá nuevos recursos de mi querida patria.»

## ORÍGEN DE LA IDOLATRÍA EN CHINA.

El primer y principal ídolo de China es uno llamado Sêic-Kie-Hoût.

Hoût fué un hombre nacido en la India en tiempo de la dinastía china llamada Chéu. Se ignora el año, pero se sabe que fué en tiempo del emperador Káp-eîng. Esta dinastía tuvo 37 emperadores que gobernaron la China por espacio de 873 años; esto es, desde el 1122 antes de Jesucristo hasta el 24 de la Era cristiana.

El padre se llamaba Cheîng-huân, y era reyezuelo de un pequeño Estado de la India. Su madre, llamada Medi-nê, dicen los chinos que le dió á luz por el lado derecho.

Al momento de haber nacido echó á andar, y señalando el cielo con una mano, y la tierra con la otra, dijo: «De todo lo que ha habido en el cielo y en la tierra, yo solo soy digno de veneracion.»

Habiendo crecido en edad, tomó por mujer á una llamada Yé-sêi, y de ella tuvo un hijo llamado Lô-héu-lô.

A los diez y nueve años de edad Hoût se dedicó á la caza, y de tal modo se aficionó á ella, que casi siempre vivia en el monte, dejando abandonados á sus padres, mujer é hijos.

Muerto su padre, tomó el mando de su pequeño reino, y lo gobernó con tanto despilfarro, que en poco tiempo disipó cuanto tenia, hasta que, viéndose reducido á la última miseria, se escapó á un monte llamado Sut.

Trece años vivió allí, manteniéndose de frutas y yerbas silvestres. Tuvo algunos discípulos á quienes enseñaba la *metempsicosis*; y finalmente, habiéndole salido una úlcera en los riñones, murió á los treinta y dos años de edad: otros dicen que á los sesenta.

Este hombre no fué conocido de los chinos hasta el tiempo de la dinastía Hân, siendo Meîng-té el emperador entonces reinante; es decir, sesenta años despues del nacimiento de Jesucristo. Su culto se introdujo en China de la manera siguiente:

Cierto día el emperador Meîng-té tuvo un sueño, en el cual le pareció ver un hombre de una estatura formidable, casi de diez codos, que venia de la parte Occidente, y, teniendo en su mano un arco con dos saetas, hallábase parado en la puerta del palacio imperial.

Habiendo despertado el Emperador, y deseando saber qué significaba su sueño, llamó á sus ministros para que se lo interpretasen.

Dos de ellos, uno llamado Ó, y el otro Mèi, le dijeron que la interpretacion se habia de tomar de la significacion de la letra *Hoût*, porque se componia de seis líneas, de las cuales las dos primeras significan *hombre*, y las cuatro restantes figuran un arco con dos saetas; llegando á persuadir que el hombre que habia visto en su sueño, y que tenia en su mano un arco con dos saetas, se llamaba Hoût. Enseñando además la antigua tradicion que en el Occidente hay muchos santos, dijeron también que este hombre llamado Hoût, que veia venir del Occidente y pararse á las puertas de su palacio, seria algun santo, el cual podria proteger su imperio y procurar su felicidad; por lo que juzgaban que era necesario mandar embajadores para que investigaran su paradero y le condujesen á China.

Aprobó el Emperador el consejo y parecer de sus mi-



nistros, y al momento mandó dos de ellos, Chèing-King y Chái-ngáu, con la comision de conducir vivo ó muerto al tan deseado Hoût. Embarcáronse, y llegaron á la India despues de un mes de navegacion.

Despues de muchas averiguaciones, llegaron á saber que un famoso cazador llamado Hoût habia llegado á la India algunos años hacia, y que habia muerto miserablemente en un monte llamado Sut. Satisfechos con semejante noticia, sin detenerse en más averiguaciones se volvieron á China, y refirieron al Emperador lo que habian oido en la India sobre el personaje que buscaban.

El Emperador no dió crédito á su relacion, y juzgando que no habian sido diligentes en la ejecucion de su cometido, les mandó cortar la cabeza.

Entonces envió otros dos ministros, que fueron los que le explicaron el sueño, para que de nuevo fuésen á la India, y no volbiesen hasta traer consigo al santo Hoût.

Estos dos ministros, más astutos que los anteriores, despues de haber oido la misma relacion, hicieron pintar una imágen del dicho Hoût.

Vueltos á su patria, pidieron audiencia al Emperador, y le presentaron la imágen de Hoût, hablándole de esta manera:

«Señor: así como V. M. I. reina en la China, del mismo modo el santo Hoût reina en la India; y así como el imperio de China no puede carecer de su emperador, tampoco el reino de Occidente debe carecer del suyo; por cuya razon te hemos traído su imágen, pues para obtener la felicidad y prosperidad de tu imperio basta que sea adorada la imágen de Hoût.»

Aprobó el Emperador tan acertado discurso, y por espacio de tres dias estuvo adorando la imágen. Juzgando despues que para obtener la prosperidad y patrocinio de su Imperio no era suficiente que él solo la adorase, mandó á sus ministros que lo hiciesen tambien en su nombre.

Los ministros le respondieron que, estando ocupados diariamente en administrar los negocios del Imperio, les era muy penosa y casi imposible de cumplir semejante ceremonia, por lo que persuadieron al Emperador que diese libertad á todos los presos, imponiéndoles la obligacion de adorar todos los dias la imágen de Hoût en nombre del Emperador.

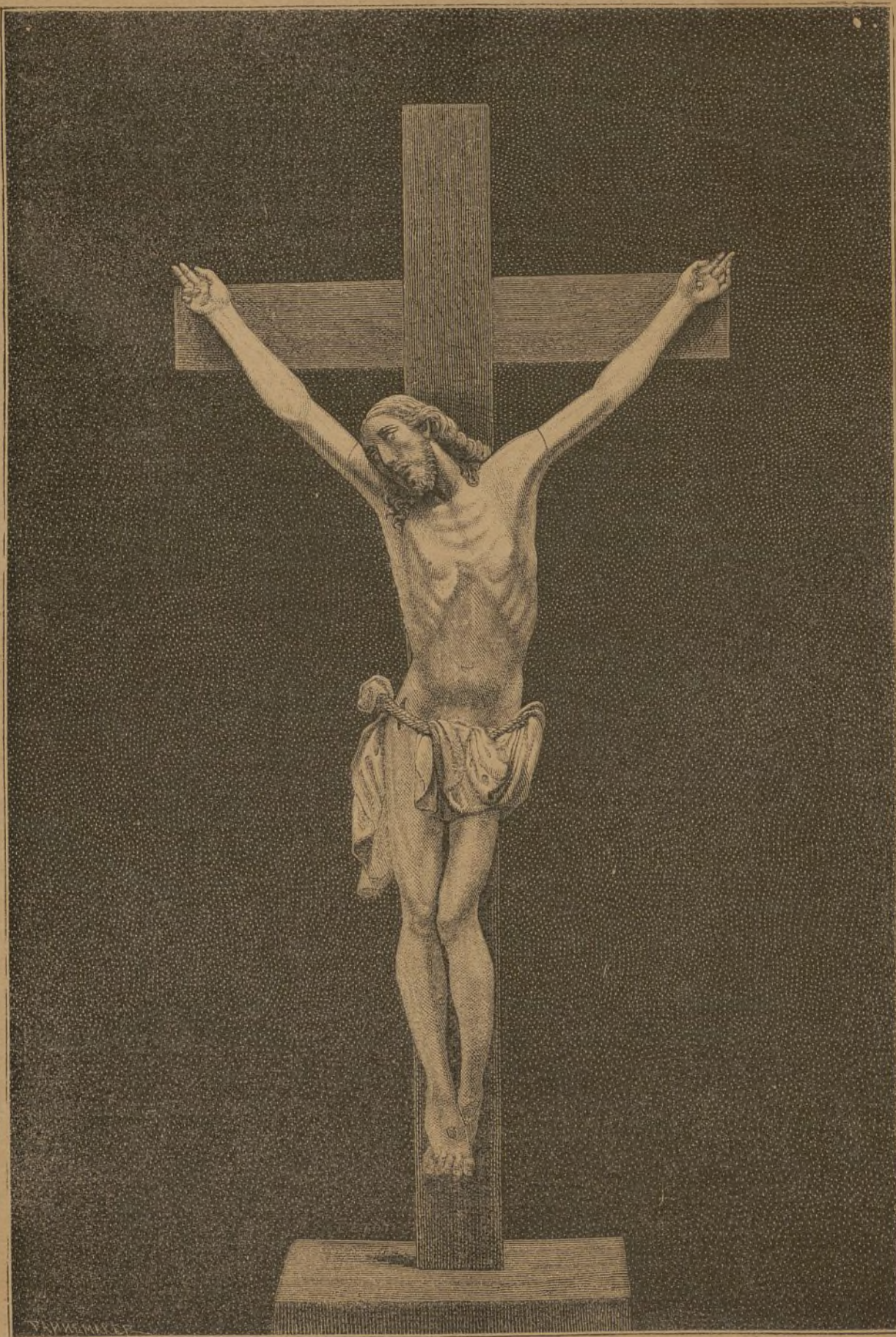
En tiempo de éste eran muy raros los chinos que daban culto á Hoût, y así cierto letrado antiguo de la China, llamado Chi, escribia que las supersticiones de China tienen su principio en el emperador Meïng-té, añadiendo que con dichas supersticiones podrian engañar á mu-  
jerzuelas, pero de ningun modo á varones.

El Emperador Lêông-vii, que era muy devoto de Hoût, pereció miserablemente por los años 502 de nuestra Era, sin que dicho Hoût viniese á socorrerle.

Despues, por los años 640, el

emperador Huïn-chóung de la dinastia Tông mandó otra vez comisionados á la India para que le trajesen los huesos de Hoût, y refieren sus historias que condujeron á China sobre un caballo blanco uno de sus huesos.

Entonces el Emperador soltó á todos los presos de las cárceles, mandándoles que todos los dias habian de adorar al hueso de Hoût.



ESTADOS-UNIDOS.—Reproduccion de un crucifijo destruido en el incendio del colegio de Spring-Hill. (Pág. 48).



Estos, obligados por la fuerza, empezaron á adorarle ; mas despues, viéndose libres, se escaparon todos.

Luego que lo supo el Emperador, mandó sus agentes á buscarlos ; y habiéndoles capturado, les raparon parte del cabello para que fácilmente fueran de todos conocidos ; pero se escaparon por segunda vez , y habiéndoles vuelto á coger, les afeitaron por completo la cabeza ; y de aquí viene el que los bonzos que hay en las pagodas tienen todos la cabeza afeitada.

Despues el Emperador mandó construir diversas pagodas á media legua de distancia de la principal, y obligó á todos estos reos adoradores de Hoût que á ciertas horas del dia tocasen una campana para que , oyéndola los prefectos y ministros del Rey, estuviesen ciertos de que no se habian escapado ; y de aquí tambien el que los bonzos toquen una campana. Estos adoradores compusieron algunos libros de oraciones que esparcieron por el vulgo, y contenian en suma la doctrina siguiente: «Es necesario que se rapen todos la cabeza ; que adoren á Hoût, y que á ejemplo nuestro permanezcan célibes.»

Habiendo llegado al conocimiento de los magnates y ministros la doctrina de dichos libros, y juzgando que si todo el pueblo, por adorar á Hoût, se abstenia del matrimonio, en menos de cien años se concluiría el imperio, aconsejaron al Emperador que corrigiera aquella doctrina ; por lo que expidió un decreto que decia: «Todo aquel que rapada la cabeza quisiese prestarse para el servicio y culto de Hoût y permanecer célibe, será exonerado de los cargos de la milicia y de tributos, y sustentado del erario público.»

Apenas se publicó este edicto, cuando al momento vieron llenarse las pagodas de gente perdida con el fin de adorar á Hoût. Tal es el origen de los bonzos.

Despues del culto de Hoût, empezaron los chinos á tributarlo á otros hombres de su reino, los que, como todos los dioses de la antigua gentilidad, merecian un patíbulo por sus crímenes y desórdenes.

No es fácil describir los usos y costumbres de estas gentes. Es fama que los chinos son europeos al revés ; y ciertamente no erró el primero que emitió semejante proposicion.

Hé aquí algunas de sus costumbres y supersticiones.

Para celebrar su fiesta principal se reunen en una casa todos los de la familia ; de suerte que los oficiales, trabajadores, barqueros, etc., etc., que se encuentran fuera de sus pueblos, procuran hallarse en su casa el primer dia del año, siendo muy mal visto el no encontrarse en casa dicho dia. Es ley general que en este dia todo el que puede ha de comer carne, poca ó mucha, sucediendo que muchos chinos se desayunan ya para todo el año. Ciérranse además todas las tiendas, el comercio se paraliza, los campos y demás negocios se dejan, los chinos, en fin, descansan de las fatigas del pasado año (1). Pero como los chinos, por lo comun, suelen comprar y vender al fiado, y al fin del año se paga y se cobra, véñse salir á mediados de la última luna á todos los tenderos y comerciantes con una alforja al hombro y su libro de cuentas debajo del brazo, á cobrar sus deudas. Los chinos son generalmente pobres, y muchos no pueden pagar en el último dia del año ; y aquí son los gritos, voces, maldiciones y pestes de los acreedores. En estos

dias raro es el pueblo en el que no haya alborotos, riñas, gritería, maldiciones y roturas de tazas y carajays (1). Los deudores, no pudiendo sufrir la vergüenza de no poder pagar, se escapan unos, y otros, ó se matan con ópio, ó se echan al rio (2). Lo más gracioso es que, á pesar de tanta gritería y alboroto por cobrar las deudas, al llegar las doce de la noche de la víspera de la fiesta, oyendo el acreedor los cohetes, aunque esté para echar mil maldiciones á su deudor, ya no se atreve, y sin decir más palabras ni proferir más quejas se retira á su casa, dejando al deudor en paz hasta fines del año entrante. En este dia todo es desearse *peíng-án*, paz. Todos son saludos, visitas, regalos, y todos tienen cara alegre, aunque interiormente rabien. La fiesta dura hasta el día 15 de la luna, y en todo este tiempo ni se maldicen ni se echan imprecaciones ; pues es creencia del chino que el que echa maldiciones á otro en estos dias le han de venir á él en el decurso del año.

Tambien tienen la costumbre en este dia de dar el cumpleaños ; porque entre chinos no se cuenta un año de edad hasta que no haya pasado un primer dia de año nuevo, y así al que nace la víspera de año nuevo, al dia siguiente, primero del año, ya le cuentan un año. La ceremonia del cumpleaños sólo se hace á los que han cumplido los treinta, y esto una vez cada diez años, de suerte que al que se la hicieron á los treinta años ya no se la vuelven á hacer hasta los cuarenta y despues hasta los cincuenta, y así sucesivamente. Dicha ceremonia no consiste más que en arrodillarse delante de aquel á quien felicitan el cumpleaños, y en dar y recibir regalillos.

Esta fiesta del dia de año chino, no sólo la hacen los vivos, sino tambien los muertos, y hasta los ídolos se marchan al cielo á celebrarla.

Aquellos que han muerto dentro del año, y que por consiguiente no pudieron llegar á celebrar la fiesta del año venidero, son llamados por sus parientes el dia segundo del año nuevo para que vuelvan á casa á celebrarla. A dicha ceremonia la llaman *pâ-nín*, y consiste en que unos parientes regalan á los que en el pasado año han tenido algun difunto varios comestibles y *lin-chei* blancos, que son una especie de papelotes de dos varas de largo y una cuarta de ancho que cuelgan en el *tiang-tong*, sala principal donde ha de venir el difunto.

Los comestibles regalados los componen el dia primero del año en la casa donde haya habido algun difunto. El dia segundo se reunen todos los demás parientes, ponen los comestibles en el *leín-tó*, mesa del alma, en la que tienen las tablillas. Despues llaman al alma del difunto, invitándola á *Kiap-Kiap*, comer con palillos, y el alma come *Káu-poúc-tú-pà* hasta que se harta. Despues se arrodillan todos los parientes, y el alma se despide y se va (supongo que al Leteo). La comida que dejó enterrita, como se supone, se la comen ellos despues.

Seria interminable si hubiera de referir la supersticiones de estos chinos. Son muchas, y lo peor es que las tienen muy arraigadas.

FR. IGNACIO IBAÑEZ, de la Orden de Predicadores.

(1) El romper á un chino el carajay ó sarten es hacerle una injuria muy grande ; así es que en muchas riñas todo se reduce á romperse trastos de cocina.

(2) En el canal de Fo-cheo aparecen todos los años multitud de estos deudores que se arrojan al agua por no poder pagar.

(1) Este es el único dia en que el chino deja de trabajar.



## UN MISIONERO CATÓLICO EL DÍA DE SU PARTIDA.

Extractamos la tierna relacion que sigue de una excelente biografía publicada en Poitiers con el título *Filberto Simon, misionero de Mandchuria: su vida, su correspondencia, sus obras*. Véase cómo refiere él mismo su separacion de la casa paterna:

Paréceme estar todavía paseando por la huerta de mi padre. Era un lunes. Caminaba lentamente por un pequeño prado cubierto de verde césped.

Mi madre se asomaba de vez en cuando por la ventana, y sacudia, cantando, los vestidos del domingo; pero yo sólo tenía ganas de llorar. Mi corazón sufría pensando en la noticia que debía darle dentro breves horas; adivinaba su dolor y sus lágrimas, y su alegría presente colmaba la medida de mi angustia.

Llegó en fin la noche. Cenámos casi sin decir palabra, porque la agitacion de mi espíritu no me permitía mantener conversacion.

Concluida la cena, nos sentámos cabe el hogar. Mi padre se colocó entre mi madre y mi hermano Pedro. Había llegado la hora, y me era forzoso hablar.

—Queridos padres, dije entonces, tengo que comunicarles una noticia: voy á cumplir veinte y cinco años, y es preciso que tome una determinacion relativa á mi porvenir. He resuelto dirigirme á París y entrar en una Congregacion.

—¿La Congregacion de las Misiones extranjeras?

—Sí, padre mio.

Mis pobres padres quedaron como petrificados. Vi sus ojos enjutos, pero mi madre me miraba como si fuese juguete de un sueño. Al fin rompió la primera el silencio, y derramando lágrimas exclamó:

—¡Ay! hijo mio, tu partida será mi muerte.

—Madre, le dije con dulzura: Dios la ayudará. No puede V. imaginar lo que me cuesta causarle esta pena.

Entonces mi padre me hizo algunas observaciones.

—Ya sabes, me decia, en qué estado ha puesto á tu madre la partida de tu hermano, y ahora la tuya acabará con ella.

—No, esposo mio, repuso mi madre; no temas, no moriré.

¡Pobre madre mia! ¡daba ya comienzo á su sacrificio!

Después de algunas palabras, mi padre añadió:

—¡Haz como deseas! ¿Necesitas mi consentimiento por escrito?

—No, padre mio, no hay necesidad.

Entré con Pedro en mi cuarto, á donde nos siguió muy luego nuestra madre. Arrodillóse junto á mi mesita, y apoyándose en ella ocultó el rostro entre sus manos. Su corazón se desbordaba, y prorumpió en llanto y en lamentos, sin hacerme, no obstante, la menor reconvencion. Tomé sus manos apretándolas entre las mías, y le dije todo lo que el corazón me sugirió para consolarla, pero inútilmente, hasta que por fin logré que fuera á tomar algun descanso.

A la mañana siguiente mi madre vino á despertarme; sentóse á mi lado, y dió libre curso á sus lágrimas.

—¿No podrias hacer el bien aquí sin necesidad de ir tan lejos? me repetía. Lo he ocultado delante de tu padre, pero te digo que el dolor me matará.

Todas estas palabras me lastimaban el corazón.

Después de despedirme de diversas personas, fuí por la tarde á casa de la familia G..., con la cual teníamos verdadera intimidad. Mi madre vino á juntáseme, y se habló de las Misiones. Luego volvimos á nuestra casa, y bendije este corto paseo, ¡el último que hacia con mi pobre madre!

Sus palabras fueron sublimes; aceptaba heroicamente aquel sacrificio. Mostréle tantas almas infelices como se pierden, y los inmensos países en donde no se conoce á Dios; y ella me decia:

—Hijo mio, apruebo tu conducta, y aunque lastimada en lo más íntimo por tu partida, admiro tu resolucion. Pero dime (añadió fijando los ojos en la bóveda estrellada); ¿es bien cierto que allá arriba hemos de encontrarnos y vernos otra vez?

¡Conmovedora escena! Bajo la mirada de Dios, mi madre hacia el sacrificio de su hijo, y yo le aseguraba que volvería á verme en el cielo.

Recuerdo aún estas palabras:

—Fuerza es que haya otra vida, pues de lo contrario me vería del todo incapaz para hacer semejante sacrificio. Sí, sin el pensamiento de Dios y de otra vida mejor tu partida me mataría.

Al día siguiente añadía mi madre:

—No puedo impedirte que marches; pero, aunque pudiese, no quisiera hacerlo.

Lo mismo me dijo mi padre. ¡Dios mio, no olvideis tan bellas palabras!

Dispuesto á todo, experimenté la necesidad de apresurar el desenlace final, porque la situacion era violenta para todos. Después de la comida, mi madre, que no había querido saber á punto fijo el día de mi marcha, observó que tenía arreglados mis paquetes, y comprendió que iba á darle el último «á Dios.» Ayudónos á transportar mi equipaje al vehículo que debía conducirme, y volvió á entrar en casa. Al oírla sollozar fuíme á ella presurosamente. Estaba arrodillada, con la cabeza apoyada en una silla. Al ruido de mis pasos, volvió hacia mí su rostro bañado en lágrimas. Sin despegar los labios me arrodillé á su lado; estrechéla entre mis brazos, ella me apretó entre los suyos, y nuestras lágrimas se confundieron. Rostro con rostro, corazón con corazón, comencé con voz entrecortada: «Padre nuestro que estás en los cielos...» Mi madre siguió rezando conmigo esta oracion, y al llegar á las palabras: *Hágase tu voluntad*, las repetimos tres veces. Abrazéla estrechamente por última vez, y lancéme al carruaje, que partió al momento.

## TIERRA SANTA.

### II.

#### DE JAFFA Á RAMLA.

El viaje de Jaffa á Jerusalem se hace en dos jornadas muy desiguales: comunmente se pernocta en Ramla, que sólo dista tres leguas, y partiendo muy de madrugada púedese llegar con otra jornada á Jerusalem.

El camino hasta Ramla es ancho y frecuentado, de modo que va uno marchando entre gentes de todos trajes, animales de toda especie y veredas de nopales espesísimos que custodian huertas con toda clase de árboles y verdura por espacio de media legua, con tres fuentes para los caminantes. Sigue el camino por campiñas risueñas con variados sembrados, árboles y producciones que muestran la fecundidad del terreno. A una legua de distancia y á la izquierda se ve sobre un promontorio Asur, aldea turca, en medio de inmensos nopales que sirven de valladar á unas huertas mal cultivadas. Luego se encuentra una mezquita con nueve cúpulas, un pórtico y una fuente. Vuelve la campiña, alternando con colinas, olivares, algarrobos y muchos melonares que nacen y sazonan sin más riego que el rocío y la feracidad del terreno algo arenoso. Hállase á la izquierda otra aldea llamada Betdeya, y luego se descubre la célebre torre de los Templarios, llamada de los *Cuarenta Mártires*. Alúdese á los valientes soldados de la legion duodécima que por mandato de Lisias fueron expuestos desnudos en el estanque helado de Sebaste, en Armenia, por haberse negado á ofrecer sacrificio á los ídolos. Después de su muerte los cristianos se repartieron las reliquias que lograron salvar de las llamas y fueron depositadas en las iglesias de Constantinopla, Cesarea y otras. La solidez de la mencionada torre ha desafiado los siglos, pero no puede resistir al genio destructor de los árabes, que van derribando las piedras del coronamiento para construir sus chozas ó sus tumbas. Súbese á ella por ciento veinticinco gradas, y desde su altura se contempla la extension de los valles que inmortalizó Sansón con sus hazañas y donde en tantas batallas memorables combatieron dos pueblos que no existen. Descúbrese Lydda, ó mejor sus ruinas, en la cual san Pedro curó milagrosamente al paralítico Enea. Llegó á ser ciudad episcopal y contaba con una magnífica iglesia dedicada á san Jorge, á la cual se trasladaron las reliquias de este Santo, siendo destruida por los sarracenos en la época de las Cruzadas. El Rdo. Mislin vió no lejos de sus ruinas un altar donde los griegos mantenían una lámpara en honor de san Jorge, y una mezquita en donde los turcos veneraban también á su modo al guerrero cristiano, á quien llaman el *caballero del blanco corcel*. Vese también Modin, donde estaba Matusías, padre de los Macabeos, cuando un agente de Antiocho trató de obligar á sus moradores á abandonar el culto del verdadero Dios, y donde Simon, después de recoger los huesos de todos los héroes de su familia, los enterró levantando sobre su sepulcro siete pirámides, con columnas, armas y naves esculpidas, que podían ver cuantos por aquel mar navegaban y que todavía subsistían en tiempo de san Jerónimo. Otros cien lugares célebres de la historia sagrada están apiñados en el reducido espacio que fué tierra de los filisteos y formó parte de las tribus de Dan y Benjamin.



Junto á la mencionada torre vense las ruinas del convento de los Templarios, cuya fábrica era tan sólida como elegante.

Ramla cuenta en el día 3,000 habitantes, musulmanes la mayor parte, griegos, judíos y algunos católicos. Según se cree, es la antigua Arimatea donde residía José, el rico judío que se presentó á Pilato pidiendo el cuerpo de Jesús, al cual tuvo la dicha de dar sepultura. (*Matth.* xxvii, 57). Ahora los árabes la llaman Ramleh, que significa *arena*. Durante las guerras santas alcanzó gran fama. Ya dueños los cruzados de Lydda, entraron en Ramla (1099), cuyos moradores la habían abandonado. Al poco tiempo dió su nombre á una batalla infausta para los cristianos, y en la que Balduino I, rey de Jerusalem, se retiró casi solo de la lidia para esconderse entre los matorrales del llano. Habiéndoles los sarracenos pegado fuego, Balduino corrió inminente peligro de perecer ahogado por el humo; pero al fin consiguió refugiarse en Ramla, donde á la noche fué libertado por un emir que le acompañó á Arsur. Al día siguiente fueron muertos ó hechos prisioneros cuantos cristianos se encontraron en la ciudad. Ocupáronla sucesivamente Balduino y Ricardo, siendo en los campos de Ramla donde el Monarca inglés dió insignes pruebas de su valor. Como los peregrinos acudian en tropel, Felipe el Bueno fundó un hospicio, y la iglesia fué dedicada á san José de Arimatea. Tomada por Bibars en 1266, cupo á Ramla igual suerte que á tantas otras desventuradas poblaciones.

El hospicio franciscano es la primera casa de Ramla, y se entra en él por un portalon muy bajo con puerta de hierro para precaver sorpresas, y las paredes altas para impedir asaltos, pues aunque los Franciscanos no son Templarios, es necesario no olvidar que en Palestina los cristianos y europeos están en país enemigo: y si bien en la actualidad no se sufren los vejámenes y violencias de los siglos pasados, podrian sin embargo renovarse por estos hermanos de los drusos las sangrientas escenas de Damasco. La iglesia es angosta y larga, con suficiente luz y buenos cuadros, principalmente el Descendimiento en el altar mayor, y el de la Dolorosa, que es de una expresion muy tierna.

A más de las capillas, las celdas de los religiosos, el refectorio, el horno, cocina y huerta, se hallan dentro del recinto de aquel hospicio más de veinte habitaciones y el divan para los peregrinos, que casi todas las noches y á veces en numerosas caravanas se alojan en ellas, recibiendo de los Padres servicios incalculables. Estos religiosos sacrifican su sueño, su reposo y su salud al servicio del prójimo, sin más recompensa que la que Dios promete al que hace obras de caridad santificadas por la obediencia.

## EFEMÉRIDES.

2 FEBRERO 1875.—Muere en China el P. Zea, de la Orden de Predicadores, misionero del Fo-kien.

Francisco Zea nació en 15 de Febrero de 1813 en Benameji (provincia de Córdoba) de una familia recomendable por su espíritu cristiano. Entró en el convento de Dominicos de Écija, en donde se distinguió por sus adelantos en las virtudes de la vida religiosa y en las ciencias sagradas.

Sobrevino la guerra de los siete años, y el novicio debió dejar el convento, volver á su casa, y luego vestir el uniforme de soldado. El fusil reemplazó á los rosarios, lo cual era muy poco conforme con las inclinaciones del joven dominico. Cuando más adelante le preguntaban: «P. Zea, ¿qué hacia V. cuando el clarín daba la señal de ataque?» respondía: «Me encomendaba á la Virgen y á nuestro Padre santo Domingo; rezaba el *Magnificat*, y disparaba á la ventura.» Una circunstancia feliz le permitió abandonar el servicio militar y embarcarse en Cádiz para Civitavecchia, de donde se dirigió á Roma. En el convento de la Minerva siguió sus estudios interrumpidos, y de nuevo se distinguió allí en medio de condiscípulos como Guidi, despues cardinal, y Alemany, actual arzobispo de San Francisco de California. Terminados sus estudios, pidió le enviasen á evangelizar á los infieles, y poco despues, en 1841, le destinaron á las Filipinas. Los seis meses que duró la travesía bastáronle para aprender el francés.

Llegado á Manila, el P. Zea obtuvo permiso, con el P. Coltell, de ir á trabajar en las penosas Misiones de la China. A pesar de los piratas que infestaban aquellos mares, ambos misioneros abordaron felizmente en la isla de Ko-lon-su, separada de Amoy por un brazo de mar que forma la bahía. Los ingleses acababan de establecerse allí, y los indígenas habían huido. Los misioneros tuvieron por habitacion una casa abandonada que les cedió gratuitamente el general inglés.

Habiendo sido enviado á la isla un regimiento de irlandeses católicos, el P. Zea se dedicó al punto á estudiar el idioma inglés, que aprendió con pasmosa facilidad.

Durante una epidemia en la que los ministros protestantes pusieron piés en polvorosa, el P. Zea se mantuvo nobiemente en su puesto.

Continuó su ministerio entre los ingleses hasta la llegada de los PP. Rosado y Aguilar, y entonces partió para la Mision de Chian-chiu. Como estaba prohibido á los europeos establecerse en China, debió vivir oculto. Sin embargo, en 1844 comenzó á construir la iglesia de Au-poa. Aunque no podía mostrarse en público, no cesaba de animar á los trabajadores ante las dificultades suscitadas por los paganos. Cuando en 1846 el Sr. de Lagrenée, representante de Francia en Pekin, hubo obtenido un edicto de tolerancia en favor de la religion cristiana, el P. Zea dirigió en persona la construccion de la iglesia de Au-poa, que fué inaugurada en 1849. Allí dió libre curso á su caridad. Su mano estaba abierta para todos, y se mostraba verdaderamente pródigo con los niños abandonados. ¡Cuántos recogió en las orillas de los rios y á lo largo de los caminos! ¡Cuántos sacó del fondo de los albañales!

A la práctica tan generosa de la limosna material añadia con más amor todavía la limosna espiritual. Para hacerla más útilmente estudiaba cada carácter, cada lengua, cada dialecto; pero sobre todo se entregaba al estudio de la ciencia sagrada, especialmente en las obras de san Alfonso Maria de Liguori. Levantábase á las tres y media de la mañana para ocuparse más libremente en sus ejercicios de piedad. Tenia una tierna devocion á la santísima Virgen; todos los sábados celebraba la misa con intencion de obtener de Ella la gracia de una buena muerte, y pedia morir en una de sus festividades. Profesaba tambien á san José una devocion particular.

Sus últimos sufrimientos no pueden expresarse, y durante tres días purificaron su virtud hasta el momento en que, despues de tres días de agonía, entregó su alma á Dios, el día 2 de Febrero de 1875, fiesta de la Purificacion de Nuestra Señora.

Su muerte causó un duelo general, y más de quinientos cristianos le acompañaron á la última morada.

4 FEBRERO 1869.—Incendio del colegio de Spring-Hill en los Estados-Unidos.

Este magnífico colegio, situado á 10 kilómetros de Mobile (Alabama), fué fundado en 1825 por el Ilmo. Sr. Portier, primer obispo de Mobile, y confiada su direccion en 1848 á los Padres de la Compañia de Jesús. Estaba en vias de gran prosperidad cuando en la noche del 4 al 5 de Febrero de 1869 fué enteramente destruido por un incendio fortuito. Hé aqui cómo lo describía el P. Montillot, rector del colegio: «El fuego comenzó en una sala situada en el piso bajo. Como las puertas y ventanas estaban cerradas, nadie advirtió su presencia, hasta que á media noche el enfermero despertado por el humo y el calor del fuego, que se propagaba por los corredores y las salas, dió el grito de alarma. Todos en un momento nos pusimos en pié. Abrí los postigos de mi ventana, y vi con espanto salir las llamas por diversos puntos como torrentes de fuego. Mientras los Padres corrian á los dormitorios para poner á salvo los alumnos, dirigíme corriendo á la capilla, inmediata al principal foco del incendio. Quise retirar el Santísimo Sacramento, pero ya era tarde... La biblioteca, el gabinete de física y el de historia natural, la ropería, todo, en una palabra, ha sido presa de las llamas, cuya violencia arreciaba el viento Norte. A las tres de la madrugada sólo quedaban de aquel inmenso edificio ruinas humeantes...»

En este mismo incendio fué tambien pasto del voraz elemento un hermoso Crucifijo tallado en madera por un indio convertido, llamado Antonio. Tenia medio metro de altura, y constaba de cuatro piezas: el cuerpo (cabeza y cuello, excepto el rostro), los dos brazos, y la cara. El artista había ajustado esta con tal habilidad, que era difícil conocer que formaba una pieza distinta. Por dentro engastó dos piedras preciosas imitando los ojos y dando á la fisonomía una expresion misteriosa y divina. El colegio de Spring-Hill estaba orgulloso con la posesion de este Crucifijo, que llenaba de admiracion á todos los visitantes. En la pág. 45 damos una reproduccion de dicha obra de arte, copia de una fotografia.

Despues del incendio de 1869 el colegio de Spring-Hill fué luego reconstruido conforme á los deseos de la poblacion del Alabama, y en particular del Ilmo. Sr. Quinlan, obispo de Mobile, á cuya proteccion se reconoce el colegio deudor de la prosperidad de que goza. En la pág. 41 damos una vista del nuevo edificio.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.